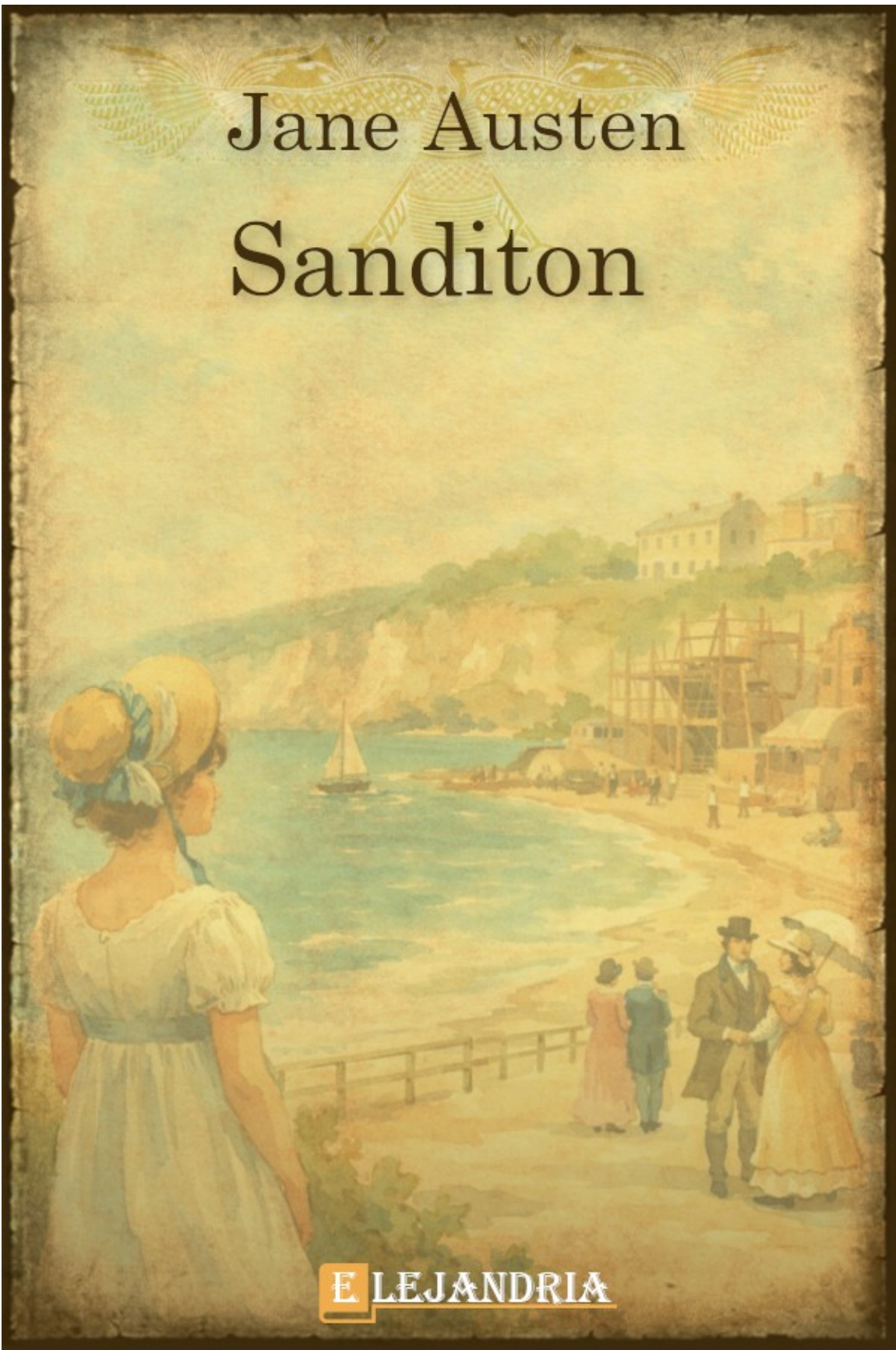


Jane Austen Sanditon



E LEJANDRIA

Jane Austen Sanditon



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

SANDITON

JANE AUSTEN

PUBLICADO: 1817

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: E.P. DUTTON Co INC., NEW YORK,
1934**

SANDITON

JANE AUSTEN

CAPÍTULO I

Un caballero y una dama que viajaban desde Tunbridge hacia esa parte de la costa de Sussex que se encuentra entre Hastings y Eastbourne, inducidos por cuestiones de negocios a abandonar la carretera principal e intentar transitar por un camino muy accidentado, volcaron al esforzarse en subir su larga pendiente, mitad roca, mitad arena. El accidente ocurrió justo después de la única casa señorial cercana al camino; una casa que su cochero, al ser requerido inicialmente para tomar esa dirección, había concebido que debía ser necesariamente su destino, y que había pasado de largo con semblante de lo más renuente. De hecho, había refunfuñado y se había encogido de hombros tanto, y había compadecido y fustigado a sus caballos tan bruscamente, que podría haberse expuesto a la sospecha de haberlos volcado a propósito (especialmente porque el carruaje no era propiedad de su amo) si el

camino no se hubiera vuelto indiscutiblemente considerablemente peor que antes tan pronto como dejaron atrás las instalaciones de dicha casa; expresando con un semblante de lo más inteligente y portentoso que, más allá de allí, ninguna rueda, salvo las de un carro, podría avanzar con seguridad. La gravedad de la caída fue amortiguada por su paso lento y la estrechez del camino, y una vez que el caballero salió a duras penas y ayudó a salir a su compañera, ninguno de los dos sintió al principio más que sacudidas y contusiones. Pero el caballero, en el curso de la liberación, se había torcido el pie y, al darse cuenta pronto de ello, se vio obligado en unos instantes a interrumpir tanto sus recriminaciones al cochero como las felicitaciones a su esposa y a sí mismo, y a sentarse en el terraplén, incapaz de mantenerse en pie.

—Aquí hay algo que no va bien —dijo él, llevándose la mano al tobillo—. Pero no importa, querida —mirándola con una sonrisa—; ya sabes que no podría haber ocurrido en un lugar mejor. El bien surgido del mal. Quizás sea justo lo que había que desear. Pronto obtendremos alivio. Allí, imagino, reside mi cura —señalando el extremo de aspecto pulcro de una casa de campo, que se veía románticamente situada entre bosques en una elevación a cierta distancia—. ¿No promete ese ser el lugar indicado?

Su esposa esperaba fervientemente que lo fuera, pero permanecía de pie, aterrorizada y ansiosa, sin poder hacer ni sugerir nada, y recibiendo su primer consuelo real al ver a varias personas que acudían ahora en su ayuda. El accidente había sido divisado desde un campo de heno contiguo a la casa que habían pasado, y las personas que se acercaban eran un hombre de buen ver, robusto y de porte distinguido, de mediana edad, el propietario del lugar, que casualmente se encontraba entre sus henificadores en ese momento, y tres o cuatro de los más capaces de ellos, convocados para atender a su amo; por no mencionar al resto de los presentes en el campo, hombres, mujeres y niños, que no estaban muy lejos. El Sr. Heywood, tal era el nombre de dicho propietario, avanzó con un saludo muy cortés, mucha preocupación por el accidente, cierta sorpresa ante el hecho de que alguien intentara transitar ese camino

en un carruaje y rápidas ofertas de ayuda. Sus cortesías fueron recibidas con buena educación y gratitud, y mientras uno o dos de los hombres prestaban su ayuda al cochero para poner el carruaje derecho de nuevo, el viajero dijo:

—Es usted extremadamente amable, señor, y le tomo la palabra. La lesión en mi pierna es, me atrevo a decir, muy insignificante, pero siempre es mejor en estos casos tener la opinión de un cirujano sin pérdida de tiempo; y como el camino no parece estar en este momento en un estado favorable para que yo suba a su casa por mí mismo, le agradeceré que envíe a una de estas buenas personas a buscar al cirujano.

—¡El cirujano, señor! —respondió el Sr. Heywood—. Temo que no encontrará ningún cirujano a mano aquí, pero me atrevo a decir que nos las arreglaremos muy bien sin él.

—No, señor, si él no está disponible, su socio servirá igual de bien, o mejor dicho, mejor. De hecho, preferiría ver a su socio; preferiría la asistencia de su socio. Estoy seguro de que una de estas buenas personas puede estar con él en tres minutos. No necesito preguntar si veo la casa —mirando hacia la casa de campo—, pues exceptuando la suya, no hemos pasado ninguna en este lugar que pueda ser la morada de un caballero.

El Sr. Heywood parecía muy asombrado y respondió:

—¡Cómo, señor! ¿Espera encontrar un cirujano en esa casa de campo? Le aseguro que no tenemos ni cirujano ni socio en la parroquia.

—Discúlpeme, señor —respondió el otro—. Lamento tener la apariencia de contradecirle, pero aunque por la extensión de la parroquia o alguna otra causa usted no esté al tanto del hecho... espere... ¿Puedo estar equivocado en el lugar? ¿No estoy en Willingden? ¿No es esto Willingden?

—Sí, señor, esto es ciertamente Willingden.

—Entonces, señor, puedo aportar pruebas de que tiene un cirujano en la parroquia, lo sepa usted o no. Aquí, señor —sacando su cartera—, si me hace el favor de echar un vistazo a estos anuncios, que recorté yo mismo del *Morning Post* y de la *Kentish Gazette* ayer por la mañana en Londres, creo que se convencerá de que no hablo al azar. Encontrará un anuncio, señor, de la disolución de una sociedad en el ramo médico, en su propia parroquia: negocio extenso, carácter innegable, referencias respetables, deseando formar un establecimiento separado. Lo encontrará en toda su extensión, señor —ofreciéndole los dos pequeños recortes oblongos.

—Señor —dijo el Sr. Heywood con una sonrisa afable—, si me mostrara todos los periódicos que se imprimen en una semana en todo el reino, no me persuadiría de que hay un cirujano en Willingden, pues habiendo vivido aquí desde que nací, hombre y niño durante cincuenta y siete años, creo que debería haber sabido de tal persona; al menos puedo aventurarme a decir que no tiene mucho negocio. Sin duda, si los caballeros intentaran a menudo transitar este camino en sillas de posta, podría no ser una mala especulación para un cirujano conseguir una casa en la cima de la colina. Pero en cuanto a esa casa de campo, puedo asegurarle, señor, que es de hecho (a pesar de su aire elegante a esta distancia) una vivienda doble tan indiferente como cualquiera en la parroquia, y que mi pastor vive en un extremo y tres ancianas en el otro.

Tomó los trozos de papel mientras hablaba y, después de revisarlos, añadió:

—Creo que puedo explicarlo, señor. Su error está en el lugar. Hay dos Willingden en este condado, y sus anuncios se refieren al otro, que es Great Willingden, o Willingden Abbots, y se encuentra a siete millas de distancia, al otro lado de Battle, completamente abajo en el Weald. Y nosotros, señor —hablando con cierto orgullo—, no estamos en el Weald.

—Seguro que no abajo en el Weald, señor —respondió el viajero amablemente—. Nos llevó media hora subir su colina. Bueno, señor, me atrevo a decir que es como usted dice, y he cometido un error

abominablemente estúpido. Todo hecho en un momento; los anuncios no llamaron mi atención hasta la última media hora de nuestra estancia en la ciudad, cuando todo era la prisa y confusión que siempre acompañan a una estancia corta allí. Uno nunca es capaz de completar nada en materia de negocios, ya sabe, hasta que el carruaje está en la puerta; y en consecuencia, satisfaciéndome con una breve indagación, y encontrando que realmente íbamos a pasar a una milla o dos de un Willingden, no busqué más... Querida —a su esposa—, lamento mucho haberte metido en este lío. Pero no te alarmes por mi pierna. No me duele mientras estoy quieto, y tan pronto como estas buenas personas hayan logrado poner el carruaje en orden y dar la vuelta a los caballos, lo mejor que podemos hacer será desandar nuestros pasos hacia la carretera de peaje y proceder a Hailsham, y así a casa, sin intentar nada más. Dos horas nos llevan a casa desde Hailsham, y una vez en casa, tenemos nuestro remedio a mano, ya sabes. Un poco de nuestro propio aire marino tonificante pronto me pondrá de pie otra vez. Confía en ello, querida, es exactamente un caso para el mar. El aire salino y la inmersión serán el remedio ideal. Mis sensaciones ya me lo dicen.

De la manera más amistosa, el Sr. Heywood intervino aquí, rogándoles que no pensarán en continuar hasta que el tobillo hubiera sido examinado y hubieran tomado algún refrigerio, e instándoles muy cordialmente a hacer uso de su casa para ambos propósitos.

—Siempre estamos bien provistos —dijo— de todos los remedios comunes para torceduras y contusiones, y respondo por el placer que les dará a mi esposa e hijas ser de servicio para usted y para esta dama en todo lo que esté a su alcance.

Una o dos punzadas, al intentar mover el pie, dispusieron al viajero a pensar un poco más, como había hecho al principio, en el beneficio de la asistencia inmediata, y consultando a su esposa con las breves palabras de «Bueno, querida, creo que será mejor para nosotros», se volvió de nuevo hacia el Sr. Heywood y dijo:

—Antes de aceptar su hospitalidad, señor, y para disipar cualquier impresión desfavorable que el tipo de búsqueda infructuosa en la que me encuentra pueda haber provocado, permítame decirle quiénes somos. Mi nombre es Parker, el Sr. Parker de Sanditon; esta dama, mi esposa, la Sra. Parker. Estamos de camino a casa desde Londres. Mi nombre, tal vez, aunque no soy de ninguna manera el primero de mi familia en poseer tierras en la parroquia de Sanditon, puede ser desconocido a esta distancia de la costa; pero Sanditon en sí... todo el mundo ha oído hablar de Sanditon, el favorito; para un balneario joven y en ascenso, ciertamente el lugar favorito de todos los que se encuentran a lo largo de la costa de Sussex; el más favorecido por la naturaleza, y prometiendo ser el más elegido por el hombre.

—Sí, he oído hablar de Sanditon —respondió el Sr. Heywood—. Cada cinco años uno oye hablar de algún lugar nuevo u otro que surge junto al mar y se pone de moda. ¡Cómo pueden llenarse la mitad de ellos es el milagro! ¡Dónde se puede encontrar gente con dinero o tiempo para ir a ellos! Malo para un país; seguro que sube el precio de las provisiones y hace que los pobres no sirvan para nada, como me atrevo a decir que usted encuentra, señor.

—En absoluto, señor, en absoluto —exclamó el Sr. Parker con entusiasmo—. Todo lo contrario, se lo aseguro. Una idea común, pero equivocada. Puede aplicarse a sus lugares grandes y desmesurados, como Brighton, o Worthing, o Eastbourne, pero no a un pueblo pequeño como Sanditon, impedido por su tamaño de experimentar cualquiera de los males de la civilización, mientras que el crecimiento del lugar, los edificios, los viveros, la demanda de todo, y la segura afluencia de la mejor compañía, esas familias privadas, regulares y constantes, de total gentileza y carácter, que son una bendición en todas partes, estimulan la industria de los pobres y difunden consuelo y mejoras entre ellos de todo tipo. No, señor, le aseguro que Sanditon no es un lugar...

—No pretendo poner objeciones a ningún lugar en particular, señor —respondió el Sr. Heywood—; solo creo que nuestra costa

está demasiado llena de ellos en general. Pero, ¿no sería mejor que intentáramos llevarle...?

—Nuestra costa demasiado llena —repitió el Sr. Parker—. En ese punto tal vez no estemos totalmente en desacuerdo; al menos hay suficientes. Nuestra costa es bastante abundante; no exige más. El gusto de todos y las finanzas de todos pueden ser satisfechos. Y esas buenas personas que están intentando aumentar el número son, en mi opinión, excesivamente absurdas, y pronto se encontrarán siendo las víctimas de sus propios cálculos falaces. Un lugar como Sanditon, señor, puedo decir que era necesario, era reclamado. La naturaleza lo había marcado, había hablado en los caracteres más inteligibles: la brisa marina más fina y pura de la costa, reconocida como tal; excelente baño; arena fina y dura; aguas profundas a diez yardas de la orilla; sin barro, sin algas, sin rocas limosas. Nunca hubo un lugar más palpablemente diseñado por la naturaleza para el retiro del inválido; el lugar exacto que miles parecían necesitar. ¡La distancia más deseable desde Londres! Una milla completa y medida más cerca que Eastbourne. Solo conciba, señor, la ventaja de ahorrar una milla entera en un viaje largo. Pero Brinshore, señor, que me atrevo a decir que tiene usted en mente; los intentos de dos o tres personas especuladoras sobre Brinshore, este último año, para levantar esa aldea insignificante, situada, como está, entre un pantano estancado, un páramo desolado y los constantes efluvios de una cresta de algas marinas en putrefacción, no pueden terminar en nada más que en su propia decepción. ¿Qué, en nombre del sentido común, puede recomendar a Brinshore? Un aire de lo más insalubre, caminos proverbialmente detestables, agua salobre más allá de todo ejemplo, imposible conseguir una buena taza de té a tres millas del lugar; y en cuanto al suelo, es tan frío y desagradecido que difícilmente se le puede hacer producir una col. Confíe en ello, señor, que esta es una descripción fiel de Brinshore, no exagerada en el grado más mínimo; y si ha oído hablar de él de manera diferente...

—Señor, nunca oí hablar de él en mi vida antes —dijo el Sr. Heywood—. No sabía que existiera tal lugar en el mundo.

—¡No lo sabía! Ahí lo tienes, querida —volviéndose con regocijo hacia su esposa—, ya ves cómo es. ¡Eso es todo en cuanto a la celebridad de Brinshore! Este caballero no sabía que existiera tal lugar en el mundo. Pues, en verdad, señor, imagino que podemos aplicar a Brinshore esa línea del poeta Cowper en su descripción de la aldeana religiosa, en oposición a Voltaire: «Ella, de quien nunca se oyó hablar a media milla de su hogar».

—Con todo mi corazón, señor, aplique los versos que quiera. Pero quiero ver algo aplicado a su pierna, y estoy seguro por el semblante de su señora que ella es completamente de mi opinión y piensa que es una lástima perder más tiempo. Y aquí vienen mis chicas para hablar por sí mismas y por su madre —dos o tres mujeres jóvenes de aspecto gentil, seguidas por otras tantas sirvientas, se veían ahora saliendo de la casa—. Empezaba a preguntarme por qué el alboroto no las habría alcanzado. Una cosa de este tipo pronto causa revuelo en un lugar solitario como el nuestro. Ahora, señor, veamos cómo se le puede transportar mejor al interior de la casa.

Las señoritas se acercaron y dijeron todo lo que era apropiado para recomendar las ofertas de su padre; y de una manera natural calculada para tranquilizar a los extraños, y como la Sra. Parker estaba sumamente ansiosa por el alivio, y su esposo para entonces no mucho menos dispuesto a ello, unos pocos escrúpulos de cortesía fueron suficientes, especialmente porque al levantar el carruaje, se descubrió que había recibido tal daño en el lado caído que no era apto para su uso actual. El Sr. Parker fue, por tanto, llevado al interior de la casa, y su carruaje rodado hasta un granero vacío.

CAPÍTULO II

El conocimiento, así extrañamente comenzado, no fue ni breve ni carente de importancia. Durante toda una quincena, los viajeros estuvieron fijos en Willingden; el esguince del Sr. Parker demostró ser demasiado serio para que se moviera antes. Había caído en muy buenas manos. Los Heywood eran una familia completamente respetable, y se prestó toda la atención posible de la manera más amable y sin pretensiones tanto al marido como a la mujer. Él fue atendido y cuidado, y ella animada y consolada con incesante amabilidad, y como cada servicio de hospitalidad y amistad fue recibido como se debía, como no había más buena voluntad por un lado que gratitud por el otro, ni deficiencia alguna de modales generalmente agradables en ninguno de los dos, llegaron a apreciarse mutuamente, en el transcurso de esa quincena, extremadamente bien.

El carácter y la historia del Sr. Parker pronto se revelaron. Todo lo que entendía de sí mismo lo contó de buena gana, pues era muy abierto de corazón; y donde él mismo podía estar a oscuras, su conversación seguía dando información a aquellos de los Heywood que podían observar. Por tales, fue percibido como un entusiasta; en el tema de Sanditon, un completo entusiasta. Sanditon, el éxito de Sanditon como un balneario pequeño y de moda, era el objeto por el que parecía vivir. Hace muy pocos años, había sido un pueblo tranquilo sin pretensiones; pero algunas ventajas naturales en su posición y algunas circunstancias accidentales habiendo sugerido a él mismo, y al otro principal terrateniente, la probabilidad de que se

convirtiera en una especulación rentable, se habían comprometido en ello, y planearon y construyeron, y alabaron y promocionaron, y lo elevaron a algo de joven renombre, y el Sr. Parker ahora podía pensar en muy poco más.

Los hechos que, en una comunicación más directa, expuso ante ellos, fueron que tenía unos treinta y cinco años, había estado casado —muy felizmente casado— siete años, y tenía cuatro dulces hijos en casa; que era de una familia respetable y de fortuna holgada aunque no grande; sin profesión, sucediendo como hijo mayor a la propiedad que dos o tres generaciones habían estado poseyendo y acumulando antes que él; que tenía dos hermanos y dos hermanas, todos solteros y todos independientes; el mayor de los dos primeros, de hecho, por herencia colateral, tan bien provisto como él mismo.

Su objetivo al abandonar la carretera principal, para buscar a un cirujano que se anunciaba, también fue claramente expuesto; no había procedido de ninguna intención de torcerse el tobillo o hacerse cualquier otra lesión por el bien de tal cirujano, ni (como el Sr. Heywood había sido propenso a suponer) de ningún designio de entrar en sociedad con él; era simplemente consecuencia de un deseo de establecer a algún hombre médico en Sanditon, lo cual la naturaleza del anuncio le indujo a esperar lograr en Willingden. Estaba convencido de que la ventaja de un médico a mano promovería muy materialmente el auge y la prosperidad del lugar; de hecho, tendería a traer una afluencia prodigiosa; no faltaba nada más. Tenía fuertes razones para creer que una familia había sido disuadida el año pasado de probar Sanditon por esa causa, y probablemente muchas más, y de sus propias hermanas, que eran unas tristes inválidas, y a quienes estaba muy ansioso por llevar a Sanditon este verano, difícilmente podía esperarse que se arriesgaran en un lugar donde no pudieran tener consejo médico inmediato.

En general, el Sr. Parker era evidentemente un hombre de familia amable, cariñoso con su esposa, hijos, hermanos y hermanas, y

generalmente de buen corazón. Liberal, caballeroso, fácil de complacer; de un carácter sanguíneo, con más imaginación que juicio. Y la Sra. Parker era tan evidentemente una mujer gentil, amable y de dulce temperamento, la esposa más adecuada del mundo para un hombre de fuerte entendimiento, pero sin capacidad para suplir la reflexión más fría que su propio esposo a veces necesitaba, y tan enteramente a la espera de ser guiada en cada ocasión, que ya fuera que él estuviera arriesgando su fortuna o torciéndose el tobillo, ella permanecía igualmente inútil.

Sanditon era una segunda esposa y cuatro hijos para él, apenas menos queridos, y ciertamente más absorbentes. Podía hablar de ello para siempre. Tenía, de hecho, las más altas pretensiones; no solo las de lugar de nacimiento, propiedad y hogar, era su mina, su lotería, su especulación y su caballito de batalla; su ocupación, su esperanza y su futuro. Estaba extremadamente deseoso de atraer a sus buenos amigos de Willingden hacia allí; y sus esfuerzos en la causa eran tan agradecidos e interesados como cálidos. Quería asegurar la promesa de una visita, conseguir que tantos miembros de la familia como su propia casa pudiera contener le siguieran a Sanditon tan pronto como fuera posible; y sanos como eran todos innegablemente, preveía que cada uno de ellos se beneficiaría del mar. Sostenía, de hecho, como cierto, que ninguna persona podía estar realmente bien, ninguna persona (por muy sostenida que estuviera por el momento por ayudas fortuitas de ejercicio y ánimo en una apariencia de salud) podía estar realmente en un estado de salud segura y permanente sin pasar al menos seis semanas junto al mar cada año. El aire marino y los baños de mar juntos eran casi infalibles, uno u otro de ellos siendo rival para cada trastorno del estómago, los pulmones o la sangre; eran antiespasmódicos, antipulmonares, antisépticos, antibiliosos y antirreumáticos. Nadie podía resfriarse junto al mar, a nadie le faltaba apetito junto al mar, a nadie le faltaba ánimo, a nadie le faltaba fuerza. Eran curativos, suavizantes, relajantes, fortificantes y tonificantes, aparentemente justo según lo que se necesitara, a veces uno, a veces el otro. Si la brisa marina fallaba, el baño de mar era el correctivo seguro; y

donde el baño no sentaba bien, la brisa marina sola estaba evidentemente diseñada por la naturaleza para la cura.

Su elocuencia, sin embargo, no pudo prevalecer. El Sr. y la Sra. Heywood nunca salían de casa. Habiéndose casado temprano y teniendo una familia muy numerosa, sus movimientos habían estado limitados durante mucho tiempo a un pequeño círculo; y eran más viejos en hábitos que en edad. Exceptuando dos viajes a Londres al año, para recibir sus dividendos, el Sr. Heywood no iba más lejos de lo que sus pies o su viejo caballo de probada eficacia podían llevarlo, y las aventuras de la Sra. Heywood eran solo de vez en cuando para visitar a sus vecinos, en el viejo coche que había sido nuevo cuando se casaron y recién forrado cuando su hijo mayor cumplió la mayoría de edad hace diez años. Tenían una propiedad muy bonita; suficiente, si su familia hubiera sido de límites razonables, para haberles permitido una parte muy caballerosa de lujos y cambios, suficiente para haberse permitido un carruaje nuevo y mejores caminos, un mes ocasional en Tunbridge Wells, y síntomas de gota y un invierno en Bath; pero el mantenimiento, la educación y el equipamiento de catorce hijos exigían un curso de vida muy tranquilo, establecido y cuidadoso, y los obligaba a ser estacionarios y saludables en Willingden.

Lo que la prudencia había impuesto al principio, ahora se hacía agradable por el hábito. Nunca salían de casa, y tenían una satisfacción en decirlo. Pero muy lejos de desear que sus hijos hicieran lo mismo, estaban contentos de promover su salida al mundo tanto como fuera posible. Se quedaban en casa para que sus hijos pudieran salir; y mientras hacían ese hogar extremadamente cómodo, daban la bienvenida a cada cambio que pudiera dar conexiones útiles o conocidos respetables a hijos o hijas.

Cuando el Sr. y la Sra. Parker, por lo tanto, cesaron de solicitar una visita familiar y limitaron sus miras a llevarse a una hija con ellos, no se plantearon dificultades. Fue placer y consentimiento general. Su invitación fue para la señorita Charlotte Heywood, una joven muy agradable de veintidós años, la mayor de las hijas en casa, y la que

bajo las instrucciones de su madre había sido particularmente útil y servicial con ellos; quien los había atendido más y los conocía mejor. Charlotte debía ir, con excelente salud, para bañarse y estar mejor si podía, para recibir todo el placer posible que Sanditon pudiera suministrar por la gratitud de aquellos con quienes iba, y para comprar nuevas sombrillas, nuevos guantes y nuevos broches para sus hermanas y para ella misma en la Biblioteca, que el Sr. Parker deseaba ansiosamente apoyar. Todo lo que se pudo persuadir al Sr. Heywood de prometer fue que enviaría a todos los que le pidieran consejo a Sanditon, y que nada le induciría jamás (en la medida en que se pudiera responder por el futuro) a gastar ni cinco chelines en Brinshore.

CAPÍTULO III

Todo vecindario debería tener una gran dama. La gran dama de Sanditon era Lady Denham; y en su viaje desde Willingden hacia la costa, el Sr. Parker le ofreció a Charlotte un relato más detallado sobre ella del que había sido necesario anteriormente. Había sido forzosamente mencionada a menudo en Willingden, pues al ser su colega en la especulación, no se podía hablar mucho de Sanditon sin la introducción de Lady Denham; y que era una anciana muy rica, que había enterrado a dos maridos, que conocía el valor del dinero, que era muy respetada y que tenía una prima pobre viviendo con ella, eran hechos ya bien conocidos. Pero algunos detalles más de su historia y su carácter sirvieron para aligerar el tedio de una larga colina, o un tramo pesado del camino, y para dar a la joven visitante un conocimiento adecuado de la persona con la que ahora podría esperar asociarse diariamente.

Lady Denham había sido una rica señorita Brereton, nacida para la riqueza pero no para la educación. Su primer marido había sido un tal Sr. Hollis, un hombre de considerable propiedad en el condado, de la cual formaba parte una gran porción de la parroquia de Sanditon, con señorío y mansión. Él era un hombre anciano cuando ella se casó con él; la edad de ella rondaba los treinta. Sus motivos para tal unión podrían entenderse poco a la distancia de cuarenta años, pero ella había cuidado y complacido tan bien al Sr. Hollis, que a su muerte le dejó todo: todas sus propiedades, y todo a su disposición.

Tras una viudez de algunos años, fue inducida a casarse de nuevo. El difunto Sir Harry Denham, de Denham Park, en el vecindario de Sanditon, había logrado trasladarla a ella y a sus grandes ingresos a sus propios dominios, pero no pudo tener éxito en las miras de enriquecer permanentemente a su familia, que se le atribuían. Ella había sido demasiado cauta para poner nada fuera de su propio poder, y cuando tras el fallecimiento de Sir Harry regresó de nuevo a su propia casa en Sanditon, se decía que había hecho este alarde ante una amiga: «que aunque no había obtenido nada más que su título de la familia, tampoco había dado nada a cambio». En cuanto al título, era de suponer que por eso se había casado; y el Sr. Parker reconoció que había tal grado de valoración por él aparente ahora, como para dar a su conducta esa explicación natural.

—Hay a veces —dijo él— un poco de presunción, pero no es ofensiva; y hay momentos, hay puntos, en los que su amor por el dinero se lleva demasiado lejos. Pero es una mujer de buen natural, una mujer de muy buen natural, una vecina muy servicial y amistosa; un carácter alegre, independiente y valioso, y sus faltas pueden imputarse enteramente a su falta de educación. Tiene buen sentido natural, pero bastante inculto. Tiene una mente activa y excelente, así como una constitución sana y excelente para una mujer de setenta años, y se implica en la mejora de Sanditon con un espíritu verdaderamente admirable, aunque de vez en cuando aparezca alguna mezquindad. No puede mirar hacia el futuro tanto como yo quisiera, y se alarma ante un pequeño gasto presente, sin considerar los beneficios que le reportará en un año o dos. Es decir, pensamos de manera diferente, de vez en cuando vemos las cosas de manera diferente, señorita Heywood. Aquellos que cuentan su propia historia, ya sabe, deben ser escuchados con precaución. Cuando nos vea en contacto, juzgará por usted misma.

Lady Denham era, de hecho, una gran dama más allá de las necesidades comunes de la sociedad, pues tenía muchos miles al año para legar, y tres grupos distintos de personas por los que ser cortejada: sus propios parientes, que podrían desear muy razonablemente sus treinta mil libras originales entre ellos; los

herederos legales del Sr. Hollis, que debían esperar estar más endeudados con su sentido de la justicia de lo que él les había permitido estar con el suyo; y aquellos miembros de la familia Denham, para quienes su segundo marido había esperado hacer un buen trato. Por todos estos, o por ramas de ellos, sin duda había sido, y seguía siendo, bien atacada; y de estas tres divisiones, el Sr. Parker no dudó en decir que los parientes del Sr. Hollis eran los menos favorecidos y los de Sir Harry Denham los más.

Los primeros, creía él, se habían hecho un daño irremediable con expresiones de resentimiento muy imprudentes e injustificables en el momento de la muerte del Sr. Hollis; los últimos, a la ventaja de ser el remanente de una conexión que ella ciertamente valoraba, unían la de haber sido conocidos por ella desde su infancia, y la de estar siempre a mano para preservar su interés mediante una atención razonable. Sir Edward, el actual baronet, sobrino de Sir Harry, residía constantemente en Denham Park; y el Sr. Parker tenía pocas dudas de que él y su hermana, la señorita Denham, que vivía con él, serían recordados principalmente en su testamento. Él lo esperaba sinceramente. La señorita Denham tenía una provisión muy pequeña, y su hermano era un hombre pobre para su rango en la sociedad.

—Es un cálido amigo de Sanditon —dijo el Sr. Parker—, y su mano sería tan liberal como su corazón, si tuviera el poder. ¡Sería un noble coadjutor! Tal como es, hace lo que puede y está levantando una pequeña y elegante casa de campo, en una franja de terreno baldío que Lady Denham le ha concedido, para la cual no tengo duda de que tendremos muchos candidatos, incluso antes del final de esta temporada.

Hasta hace doce meses, el Sr. Parker había considerado a Sir Edward como alguien sin rival, con la mejor oportunidad de suceder a la mayor parte de todo lo que ella tenía para dar; pero ahora había que tener en cuenta las pretensiones de otra persona, las de la joven pariente a quien Lady Denham había sido inducida a recibir en su familia.

Después de haber protestado siempre contra cualquier adición de ese tipo, y de haber disfrutado larga y frecuentemente de las repetidas derrotas que había propinado a cada intento de sus parientes de introducir a esta joven dama o a aquella joven dama como compañera en Sanditon House, había traído consigo de Londres el pasado San Miguel a una señorita Brereton, que prometía competir por sus méritos en favor con Sir Edward, y asegurar para ella y su familia esa parte de la propiedad acumulada que ciertamente tenían el mejor derecho a heredar.

El Sr. Parker habló calurosamente de Clara Brereton, y el interés de su historia aumentó mucho con la introducción de tal personaje. Charlotte escuchaba con más que diversión ahora; era solicitud y disfrute, al oírla descrita como encantadora, amable, gentil, modesta, conduciéndose uniformemente con gran buen sentido, y ganando evidentemente, por su valía innata, los afectos de su patrona. La belleza, la dulzura, la pobreza y la dependencia no necesitan la imaginación de un hombre para surtir efecto. Con las debidas excepciones, la mujer siente por la mujer muy pronta y compasivamente.

Él dio los detalles que habían llevado a la admisión de Clara en Sanditon, como no mal ejemplo de esa mezcla de carácter, esa unión de mezquindad con bondad, con buen sentido, incluso con liberalidad, que veía en Lady Denham. Después de haber evitado Londres durante muchos años, principalmente a causa de estos mismos primos, que continuamente le escribían, invitaban y atormentaban, y a quienes ella estaba decidida a mantener a distancia, se había visto obligada a ir allí el pasado San Miguel con la certeza de ser retenida al menos una quincena. Había ido a un hotel, viviendo según su propia cuenta tan prudentemente como le era posible, para desafiar la supuesta carestía de tal hogar, y al cabo de tres días pidió su cuenta, para poder juzgar su estado. Su importe fue tal que la determinó a no quedarse ni una hora más en la casa, y se estaba preparando, con toda la ira y perturbación que una creencia de imposición muy grosera allí, y una ignorancia de a dónde ir para un mejor trato, para dejar el hotel a toda costa, cuando los

primos, los políticos y afortunados primos, que parecían tener siempre un espía sobre ella, se presentaron en este momento importante, y al enterarse de su situación, la persuadieron de aceptar tal hogar para el resto de su estancia como el que su casa más humilde, en una parte muy inferior de Londres, podía ofrecer.

Ella fue; quedó encantada con su bienvenida y la hospitalidad y atención que recibió de todos, encontró a sus buenos primos los Brereton personas dignas más allá de sus expectativas, y finalmente fue impulsada por un conocimiento personal de sus estrechos ingresos y dificultades pecuniarias, a invitar a una de las chicas de la familia a pasar el invierno con ella. La invitación fue para una, por seis meses, con la probabilidad de que otra tomara su lugar entonces; pero al seleccionar a la una, Lady Denham había mostrado la buena parte de su carácter, pues pasando por alto a las verdaderas hijas de la casa, había elegido a Clara, una sobrina, más indefensa y más digna de lástima por supuesto que ninguna, una dependiente de la pobreza, una carga adicional en un círculo endeudado, y alguien que había estado tan baja en toda perspectiva mundana, como para haber estado preparándose, con todas sus dotes naturales y capacidades, para una situación poco mejor que la de niñera.

Clara había regresado con ella, y por su buen sentido y mérito tenía ahora, según todas las apariencias, asegurado un lugar muy fuerte en la estima de Lady Denham. Los seis meses habían pasado hacía tiempo, y no se respiraba ni una sílaba de ningún cambio o intercambio. Era una favorita general; la influencia de su conducta firme y su temperamento suave y gentil era sentida por todos. Los prejuicios que la habían recibido al principio en algunos sectores se habían disipado todos. Se sentía que era digna de confianza, que era la compañera misma que guiaría y suavizaría a Lady Denham, que ampliaría su mente y abriría su mano. Era tan completamente amable como encantadora, y desde que tuvo la ventaja de sus brisas de Sanditon, ese encanto era completo.

CAPÍTULO IV

—¿Y de quién es este lugar de aspecto tan acogedor? —dijo Charlotte, mientras en una hondonada resguardada a menos de dos millas del mar, pasaban cerca de una casa de tamaño moderado, bien cercada y plantada, y rica en el jardín, huerto y prados que son los mejores embellecimientos de tal morada—. Parece tener tantas comodidades a su alrededor como Willingden.

—¡Ah! —dijo el Sr. Parker—. Esta es mi vieja casa, la casa de mis antepasados, la casa donde yo y todos mis hermanos y hermanas nacimos y nos criamos, y donde nacieron mis tres hijos mayores, donde la Sra. Parker y yo vivimos hasta hace dos años, hasta que se terminó nuestra nueva casa. Me alegro de que le agrade. Es un lugar viejo y honesto, y Hillier la mantiene en muy buen estado. Se la he cedido, ya sabe, al hombre que ocupa la mayor parte de mis tierras. Él consigue una casa mejor con ello, y yo una situación bastante mejor. Una colina más nos lleva a Sanditon; el Sanditon moderno, un lugar hermoso. Nuestros antepasados, ya sabe, siempre construían en un agujero. Aquí estábamos, encerrados en este pequeño rincón contraído, sin aire ni vista, a solo una milla y tres cuartos de la más noble extensión de océano entre South Foreland y Land's End, y sin la más mínima ventaja de ello. No pensaré que he hecho un mal cambio cuando lleguemos a Trafalgar House, que, por cierto, casi deseo no haber llamado Trafalgar, pues Waterloo es más lo que se lleva ahora. Sin embargo, Waterloo está en reserva, y si tenemos suficiente aliento este año para aventurarnos con una pequeña *Crescent* (como confío que tendremos), entonces podremos llamarla

Waterloo Crescent, y el nombre unido a la forma del edificio, que siempre gusta, nos dará el dominio de los inquilinos. En una buena temporada deberíamos tener más solicitudes de las que podríamos atender.

—Siempre fue una casa muy cómoda —dijo la Sra. Parker, mirándola a través de la ventana trasera con algo parecido al cariño del arrepentimiento—. Y un jardín tan agradable, un jardín tan excelente.

—Sí, mi amor, pero eso se puede decir que lo llevamos con nosotros. Nos suministra, como antes, toda la fruta y verduras que necesitamos; y tenemos de hecho toda la comodidad de una excelente huerta, sin la constante molestia visual de sus formalidades, o el fastidio anual de su vegetación en descomposición. ¿Quién puede soportar un bancal de coles en octubre?

—¡Oh! Cielos, sí. Estamos tan bien provistos de cosas de jardín como siempre, porque si se olvida traerlas en algún momento, siempre podemos comprar lo que queramos en Sanditon House. El jardinero de allí está bastante contento de suministrarnos.

—Pero era un lugar agradable para que los niños corrieran. ¡Tan sombreado en verano!

—Querida, tendremos sombra suficiente en la colina y más que suficiente en el transcurso de muy pocos años. El crecimiento de mis plantaciones es un asombro general. Mientras tanto, tenemos el toldo de lona, que nos da la más completa comodidad dentro de casa, y puedes conseguir una sombrilla en casa de Whitby para la pequeña Mary en cualquier momento, o un sombrero grande en casa de Jebb; y en cuanto a los chicos, debo decir que prefiero que corran bajo el sol a que no lo hagan. Estoy seguro de que estamos de acuerdo, querida, en desear que nuestros chicos sean lo más resistentes posible.

—Sí, de hecho, estoy segura de que sí, y le compraré a Mary una pequeña sombrilla, lo que la hará sentirse más orgullosa que nada.

Qué sería caminará con ella, y se imaginará toda una mujercita. ¡Oh! No tengo la menor duda de que estamos mucho mejor donde estamos ahora. Si alguno de nosotros quiere bañarse, no tenemos ni un cuarto de milla para ir. Pero ya sabes —todavía mirando hacia atrás— a uno le encanta mirar a un viejo amigo, a un lugar donde uno ha sido feliz. Los Hillier no parecieron sentir las tormentas del invierno pasado en absoluto. Recuerdo haber visto a la Sra. Hillier después de una de esas noches espantosas, en las que habíamos sido literalmente mecidos en nuestra cama, y ella no parecía en absoluto consciente de que el viento fuera nada más que lo común.

—Sí, sí, eso es bastante probable. Tenemos toda la grandeza de la tormenta, con menos peligro real, porque el viento, al no encontrar nada que se le oponga o lo confine alrededor de nuestra casa, simplemente ruge y pasa de largo; mientras que abajo en este canalón no se sabe nada del estado del aire por debajo de las copas de los árboles, y los habitantes pueden ser tomados totalmente desprevenidos por una de esas terribles corrientes que hacen más daño en un valle, cuando surgen, que lo que un campo abierto experimenta jamás en el vendaval más fuerte. Pero, mi querido amor, en cuanto a las cosas del jardín, decías que cualquier omisión accidental es suplida en un momento por el jardinero de Lady Denham; pero se me ocurre que deberíamos ir a otra parte en tales ocasiones, y que el viejo Stringer y su hijo tienen un derecho mayor. Le animé a establecerse, y temo que no le va muy bien; es decir, no ha habido tiempo suficiente todavía. Le irá muy bien sin duda, pero al principio es un trabajo cuesta arriba; y por lo tanto debemos darle la ayuda que podamos, y cuando suceda que se necesiten verduras o frutas —y no estará mal que se necesiten a menudo, que se olvide alguna cosa u otra la mayoría de los días—, solo para tener un suministro nominal, ya sabes, para que el pobre viejo Andrew no pierda su trabajo diario, pero de hecho comprar la mayor parte de nuestro consumo a los Stringer.

—Muy bien, mi amor, eso se puede hacer fácilmente, y la cocinera estará satisfecha, lo cual será un gran consuelo, porque siempre se está quejando del viejo Andrew ahora, y dice que nunca le trae lo

que ella quiere. Ahí, ahora la vieja casa ha quedado bastante atrás. ¿Qué es lo que dice tu hermano Sidney sobre que es un hospital?

—¡Oh! Mi querida Mary, simplemente una broma suya. Finge aconsejarme que haga un hospital de ella. Finge reírse de mis mejoras. Sidney dice cualquier cosa, ya sabes. Siempre ha dicho lo que ha querido de y a todos nosotros. La mayoría de las familias tienen un miembro así entre ellos, creo, señorita Heywood. Hay alguien en la mayoría de las familias privilegiado por habilidades superiores o ánimo para decir cualquier cosa. En la nuestra, es Sidney, que es un joven muy inteligente y con grandes poderes de agradar. Vive demasiado en el mundo para asentarse; esa es su única falta. Está aquí y allá y en todas partes. Deseo que podamos traerlo a Sanditon. Me gustaría que le conociera. ¡Y sería una gran cosa para el lugar! Un joven como Sidney, con su elegante equipaje y aire a la moda... tú y yo, Mary, sabemos qué efecto podría tener. Muchas familias respetables, muchas madres cuidadosas, muchas hijas bonitas, podría asegurarnos, en perjuicio de Eastbourne y Hastings.

Ahora se acercaban a la iglesia y al pulcro pueblo de Sanditon, que se encontraba al pie de la colina que luego debían ascender; una colina cuya ladera estaba cubierta con los bosques y cercados de Sanditon House y cuya altura terminaba en una duna abierta donde pronto podrían buscarse los nuevos edificios. Solo un brazo del valle, serpenteando más oblicuamente hacia el mar, daba paso a un arroyo insignificante, y formaba en su desembocadura una tercera división habitable, en un pequeño grupo de casas de pescadores. El pueblo contenía poco más que cabañas, pero el espíritu del día había sido captado, como observó el Sr. Parker con deleite a Charlotte, y dos o tres de las mejores de ellas estaban arregladas con una cortina blanca y «Alojamientos para alquilar»; y más adelante, en el pequeño patio verde de una vieja granja, dos mujeres vestidas de elegante blanco se veían realmente con sus libros y taburetes de campo, y al doblar la esquina de la panadería, el sonido de un arpa podía oírse a través de la ventana superior.

Tales vistas y sonidos eran sumamente dichosos para el Sr. Parker. No es que tuviera ningún interés personal en el éxito del pueblo en sí; pues, considerándolo demasiado alejado de la playa, no había hecho nada allí; pero era una prueba muy valiosa de la creciente moda del lugar en conjunto. Si el pueblo podía atraer, la colina podría estar casi llena. Anticipaba una temporada asombrosa. ¡En la misma época el año pasado (a finales de julio) no había habido un solo inquilino en el pueblo! Ni recordaba ninguno durante todo el verano, exceptuando una familia de niños que vinieron de Londres por aire de mar después de la tos ferina, y cuya madre no les dejaba estar más cerca de la orilla por miedo a que se cayeran dentro.

—¡Civilización, civilización de verdad! —exclamó el Sr. Parker, encantado—. Mira, mi querida Mary, mira las ventanas de William Heeley. ¡Zapatos azules y botas de nanquín! ¡Quién habría esperado tal vista en una zapatería en el viejo Sanditon! Esto es nuevo de este mes. No había zapato azul cuando pasamos por aquí hace un mes. ¡Glorioso de verdad! Bueno, creo que he hecho algo en mi día. Ahora, a por nuestra colina, nuestra colina que respira salud.

Al ascender, pasaron las puertas de la logia de Sanditon House, y vieron la parte superior de la casa misma entre sus arboledas. Era el último edificio de tiempos pasados en esa línea de la parroquia. Un poco más arriba, comenzaba lo moderno; y al cruzar la duna, una Casa Prospect, una Villa Bellevue y un Denham Place debían ser mirados por Charlotte con la calma de la curiosidad divertida, y por el Sr. Parker con el ojo ansioso que esperaba ver apenas casas vacías. Más carteles en las ventanas de los que había calculado, y una menor muestra de compañía en la colina, menos carruajes, menos caminantes. Había imaginado que era justo la hora del día para que todos regresaran de sus paseos a cenar.

Pero las arenas y la terraza siempre atraían a algunos; y la marea debía estar subiendo, a media marea ahora. Anhelaba estar en las arenas, en los acantilados, en su propia casa, y en todas partes fuera de su casa a la vez. Su ánimo se elevó con la simple vista del mar y casi podía sentir su tobillo fortaleciéndose ya.

Trafalgar House, en el lugar más elevado de la duna, era un edificio ligero y elegante, situado en un pequeño césped con una plantación muy joven a su alrededor, a unos cien metros del borde de un acantilado empinado pero no muy alto, y el más cercano a él, de todos los edificios, exceptuando una corta hilera de casas de aspecto elegante, llamada la Terraza, con un amplio paseo enfrente, aspirando a ser la alameda del lugar. En esta hilera estaban la mejor tienda de sombreros y la biblioteca; un poco separado de ella, el hotel y la sala de billar. Aquí comenzaba el descenso a la playa y a las casetas de baño , y este era por tanto el lugar favorito para la belleza y la moda.

En Trafalgar House, elevándose a poca distancia detrás de la Terraza, los viajeros fueron dejados a salvo, y todo fue felicidad y alegría entre papá y mamá y sus hijos; mientras Charlotte, habiendo tomado posesión de su apartamento, encontró suficiente entretenimiento en pararse en su amplia ventana veneciana y mirar sobre el primer plano misceláneo de edificios inacabados, ropa ondeando y tejados de casas, hacia el mar, bailando y brillando bajo el sol y la frescura.

CAPÍTULO V

Cuando se reunieron antes de la cena, el Sr. Parker estaba revisando cartas.

—¡Ni una línea de Sidney! —dijo—. Es un tipo perezoso. Le envié un relato de mi accidente desde Willingden, y pensé que se habría dignado a darme una respuesta. Pero tal vez implica que viene él mismo. Confío en que así sea. Pero aquí hay una carta de una de mis hermanas. Ellas nunca me fallan. Las mujeres son las únicas corresponsales de las que se puede depender. Ahora, Mary —sonriendo a su esposa—, antes de abrirla, ¿qué adivinaremos sobre el estado de salud de quienes la envían, o mejor dicho, qué diría Sidney si estuviera aquí? Sidney es un tipo descarado, señorita Heywood, y debe saber que él sostiene que hay una buena dosis de imaginación en las quejas de mis dos hermanas, pero realmente no es así, o muy poco. Tienen una salud miserable, como nos ha oído decir frecuentemente, y están sujetas a una variedad de trastornos muy graves. De hecho, no creo que sepan lo que es un día de salud; y al mismo tiempo, son mujeres tan excelentes y útiles y tienen tanta energía de carácter que, donde hay algún bien por hacer, se fuerzan a esfuerzos que para aquellos que no las conocen a fondo, tienen una apariencia extraordinaria. Pero realmente no hay afectación en ellas. Solo tienen constituciones más débiles y mentes más fuertes de las que se encuentran a menudo, ya sea por separado o juntas. Y nuestro hermano menor, que vive con ellas, y que no tiene mucho más de veinte años, lamento decir que es casi tan inválido como ellas mismas. Es tan delicado que no puede

dedicarse a ninguna profesión. Sidney se ríe de él; pero realmente no es broma, aunque Sidney a menudo me hace reír de todos ellos a mi pesar. Ahora, si él estuviera aquí, sé que estaría ofreciendo apuestas de que Susan, Diana o Arthur parecerían por esta carta haber estado a punto de morir en el último mes.

Habiendo recorrido la carta con la vista, sacudió la cabeza y comenzó:

—No hay posibilidad de verlos en Sanditon, lamento decir. Un relato muy indiferente de ellos, de hecho. Seriamente, un relato muy indiferente. Mary, te apenará mucho oír lo enfermos que han estado y están. Señorita Heywood, si me da permiso, leeré la carta de Diana en voz alta. Me gusta que mis amigos se conozcan entre sí, y temo que esta es la única clase de conocimiento que tendré los medios de lograr entre ustedes. Y no puedo tener escrúpulos por cuenta de Diana, pues sus cartas la muestran exactamente como es, el ser más activo, amistoso y de buen corazón que existe, y por lo tanto debe dar una buena impresión.

Leyó:

«Mi querido Tom: Todos nos sentimos muy apenados por tu accidente, y si no te hubieras descrito como caído en tan buenas manos, habría estado contigo a toda costa el día después de recibir tu carta, aunque me encontré sufriendo un ataque más severo de lo habitual de mi vieja dolencia, la bilis espasmódica, y apenas capaz de arrastrarme de mi cama al sofá. ¿Pero cómo te trataron? Envíame más detalles en tu próxima. Si es de hecho un simple esguince, como lo denominas, nada habría sido tan juicioso como la fricción, ifricción solo con la mano!, suponiendo que pudiera aplicarse instantáneamente. Hace dos años me encontraba visitando a la Sra. Sheldon cuando su cochero se torció el pie mientras limpiaba el carruaje y apenas podía cojear hasta la casa; pero mediante el uso inmediato de la fricción sola, perseverando firmemente (y le froté el tobillo con mi propia mano durante seis horas sin interrupción), estuvo bien en tres días.

»Muchas gracias, mi querido Tom, por la amabilidad con respecto a nosotros, que tuvo una parte tan grande en provocar tu accidente. Pero, por favor, nunca corras peligro de nuevo buscando un boticario por nuestra cuenta, pues aunque tuvieras al hombre más experimentado en su ramo establecido en Sanditon, no sería ninguna recomendación para nosotros. Hemos terminado por completo con toda la tribu médica. Hemos consultado médico tras médico en vano, hasta que estamos convencidos de que no pueden hacer nada por nosotros y que debemos confiar en nuestro propio conocimiento de nuestras propias constituciones miserables para cualquier alivio. Pero si crees aconsejable para el interés del lugar conseguir un médico allí, emprenderé la comisión con placer, y no tengo duda de tener éxito. Pronto podría poner los hierros necesarios en el fuego.

»En cuanto a ir a Sanditon yo misma, es toda una imposibilidad. Me apena decir que no me atrevo a intentarlo, pero mis sentimientos me dicen demasiado claramente que en mi estado actual, el aire del mar probablemente sería mi muerte. Y ninguno de mis queridos compañeros me dejará, o promovería que bajaran a verte por una quincena. Pero, en verdad, dudo que los nervios de Susan estuvieran a la altura del esfuerzo. Ha estado sufriendo mucho de dolor de cabeza y seis sanguijuelas al día durante diez días seguidos la aliviaron tan poco que pensamos que era correcto cambiar nuestras medidas, y estando convencidas al examinar que gran parte del mal residía en su encía, la persuadí de atacar el trastorno allí. En consecuencia, se ha hecho extraer tres dientes, y está decididamente mejor, pero sus nervios están bastante trastornados. Solo puede hablar en un susurro, y se desmayó dos veces esta mañana cuando el pobre Arthur intentaba suprimir una tos. Él, me alegra decirlo, está tolerablemente bien, aunque más lánguido de lo que me gusta, y temo por su hígado.

»No he oído nada de Sidney desde que estuvisteis juntos en la ciudad, pero concluyo que su plan de la Isla de Wight no ha tenido lugar, o le habríamos visto en su camino.

»Muy sinceramente os deseamos una buena temporada en Sanditon, y aunque no podemos contribuir a vuestra sociedad elegante en persona, estamos haciendo todo lo posible para enviaros compañía que valga la pena; y creemos que podemos contar con seguridad con asegurarnos dos familias grandes, una de un rico indiano de Surrey, la otra, un internado de niñas muy respetable, o academia, de Camberwell. No te diré a cuánta gente he empleado en el asunto; un engranaje dentro de otro. Pero el éxito más que compensa.

»Tuya muy afectuosamente, etc.»

—Bueno —dijo el Sr. Parker, al terminar—. Aunque me atrevo a decir que Sidney podría encontrar algo extremadamente entretenido en esta carta y hacernos reír durante media hora seguida, declaro que yo, por mi parte, no puedo ver nada en ella más que lo que es o muy lastimoso o muy encomiable. ¡Con todos sus sufrimientos, perciben cuánto están ocupadas en promover el bien de los demás! ¡Tan ansiosas por Sanditon! Dos familias grandes; una, para Prospect House probablemente, la otra, para el número 2 de Denham Place, o la casa del final de la Terraza, y camas extra en el hotel. Le dije que mis hermanas eran mujeres excelentes, señorita Heywood.

—Y estoy segura de que deben ser unas mujeres muy extraordinarias —dijo Charlotte—. Estoy asombrada por el estilo alegre de la carta, considerando el estado en el que ambas hermanas parecen estar. ¡Tres dientes extraídos de una vez! ¡Espantoso! Su hermana Diana parece casi tan enferma como es posible, pero esos tres dientes de su hermana Susan son más angustiosos que todo el resto.

—¡Oh! Están tan acostumbradas a la operación, a cada operación, y tienen tal fortaleza.

—Sus hermanas saben lo que hacen, me atrevo a decir, pero sus medidas parecen tocar los extremos. Siento que en cualquier enfermedad, estaría tan ansiosa por el consejo profesional, itan

poco aventurera por mí misma, o por cualquiera a quien amara! Pero entonces, hemos sido una familia tan sana, que no puedo ser juez de lo que el hábito de automedicarse puede hacer.

—Vaya, para decir la verdad —dijo la Sra. Parker—, creo que las señoritas Parker lo llevan demasiado lejos a veces, y tú también lo crees, mi amor, ya sabes. A menudo piensas que estarían mejor si se dejaran más tranquilas, y especialmente Arthur. Sé que piensas que es una gran lástima que le den tal inclinación a estar enfermo.

—Bien, bien, mi querida Mary, te concedo que es desafortunado para el pobre Arthur que en su época de la vida se le anime a ceder a la indisposición. Es malo; es malo que se imagine demasiado enfermizo para cualquier profesión, y se siente a los veintiún años, viviendo del interés de su propia pequeña fortuna, sin ninguna idea de intentar mejorarla, o de comprometerse en cualquier ocupación que pueda ser de utilidad para él mismo o para otros. Pero hablemos de cosas más agradables. Estas dos familias grandes son justo lo que queríamos. Pero aquí hay algo a mano, más agradable todavía: Morgan, con su «La cena está servida».

CAPÍTULO VI

El grupo se puso en movimiento muy poco después de la cena. El Sr. Parker no podía darse por satisfecho sin una visita temprana a la Biblioteca y al libro de suscripciones de la misma, y Charlotte se alegraba de ver tanto y tan rápido como fuera posible allí donde todo era nuevo. Salieron en el momento más tranquilo del día en un balneario, cuando el importante asunto de la cena, o de la sobremesa, tenía lugar en casi todos los alojamientos habitados; aquí y allá podía verse a algún anciano solitario, obligado a moverse temprano y caminar por salud; pero, en general, era una pausa total de compañía, era vacío y tranquilidad en la Terraza, los acantilados y las arenas. Las tiendas estaban desiertas, los sombreros de paja y los encajes colgantes parecían abandonados a su suerte tanto dentro como fuera de la casa, y la Sra. Whitby en la Biblioteca estaba sentada en su cuarto interior, leyendo una de sus propias novelas, a falta de empleo.

La lista de suscriptores no era más que vulgar. A Lady Denham, la Srta. Brereton, el Sr. y la Sra. Parker, Sir Edward Denham y la Srta. Denham, cuyos nombres podría decirse que inauguraban la temporada, no les seguía nada mejor que: la Sra. Mathews, la Srta. Mathews, la Srta. E. Mathews, la Srta. H. Mathews; el Dr. y la Sra. Brown; el Sr. Richard Pratt; el teniente Smith, de la Marina Real; el capitán Little, de Limehouse; la Sra. Jane Fisher, la Srta. Fisher; la Srta. Scroggs; el reverendo Sr. Hanking; el Sr. Beard, procurador, de Gray's Inn; la Sra. Davis y la Srta. Merryweather.

El Sr. Parker no pudo sino sentir que la lista no solo carecía de distinción, sino que era menos numerosa de lo que había esperado. Sin embargo, no era más que julio, y agosto y septiembre eran los meses fuertes; y además, las grandes familias prometidas de Surrey y Camberwell eran un consuelo siempre disponible. La Sra. Whitby salió sin demora de su retiro literario, encantada de ver de nuevo al Sr. Parker, cuyos modales le recomendaban a todo el mundo, y estuvieron plenamente ocupados en sus diversas civilidades y comunicaciones, mientras Charlotte, habiendo añadido su nombre a la lista como la primera ofrenda al éxito de la temporada, se ocupaba de algunas compras inmediatas para el mayor bien de todos, tan pronto como se pudo apresurar a la Srta. Whitby a bajar de su tocador, con todos sus rizos brillantes y elegantes baratijas para atenderla.

La Biblioteca, por supuesto, ofrecía de todo; todas las cosas inútiles del mundo de las que no se podía prescindir, y entre tantas bonitas tentaciones, y con tanta buena voluntad por parte del Sr. Parker para fomentar el gasto, Charlotte empezó a sentir que debía contenerse, o más bien reflexionó que a los veintidós años no podía haber excusa para hacer lo contrario, y que no le convenía gastar todo su dinero la primera noche. Cogió un libro; resultó ser un volumen de *Camilla*. Ella no tenía la juventud de Camilla, y no tenía intención de tener sus apuros, así que se apartó de los cajones de anillos y broches, reprimió más solicitudes y pagó por lo que había comprado.

Para su satisfacción particular, debían dar un paseo por el acantilado, pero al salir de la Biblioteca se encontraron con dos damas cuya llegada hizo necesaria una alteración: Lady Denham y la Srta. Brereton. Habían estado en Trafalgar House, y de allí las habían dirigido a la Biblioteca, y aunque Lady Denham era demasiado activa para considerar la caminata de una milla como algo que requiriera descanso, y hablaba de volver a casa directamente, los Parker sabían que ser presionada para entrar en su casa, y obligada a tomar el té con ellos, era lo que mejor le vendría, y por lo tanto el paseo por el acantilado dio paso a un regreso inmediato a casa.

—No, no —dijo su señoría—, no haré que adelanten su té por mi cuenta. Sé que les gusta el té tarde. Mis horas tempranas no son para incomodar a mis vecinos. No, no, la Srta. Clara y yo volveremos a nuestro propio té. Salimos sin otro pensamiento. Solo queríamos verlos y asegurarnos de que realmente habían llegado, pero volveremos a nuestro propio té.

Sin embargo, siguió hacia Trafalgar House y tomó posesión del salón muy tranquilamente, sin parecer escuchar una palabra de las órdenes de la Sra. Parker al criado mientras entraban, de traer el té directamente.

Charlotte se consoló plenamente de la pérdida de su paseo al encontrarse en compañía de aquellas a quienes la conversación de la mañana le había dado una gran curiosidad por ver. Las observó bien. Lady Denham era de estatura media, robusta, erguida y alerta en sus movimientos, con un ojo sagaz y aire de autosatisfacción, pero no un semblante desagradable, y aunque su manera era bastante directa y brusca, como la de una persona que se valoraba por hablar con franqueza, había un buen humor y cordialidad en ella, una civilidad y disposición para conocer a la propia Charlotte, y una efusividad de bienvenida hacia sus viejos amigos, que inspiraba la buena voluntad que ella parecía sentir.

Y en cuanto a la Srta. Brereton, su apariencia justificaba tan completamente los elogios del Sr. Parker que Charlotte pensó que nunca había contemplado a una joven más encantadora o más interesante. Elegantemente alta, regularmente hermosa, con gran delicadeza de tez y suaves ojos azules, un trato dulcemente modesto y sin embargo naturalmente elegante, Charlotte solo podía ver en ella la representación más perfecta de cualquier heroína que pudiera ser más bella y hechizante, en todos los numerosos volúmenes que habían dejado atrás en los estantes de la Sra. Whitby. Quizás podría deberse en parte a que acababa de salir de una biblioteca circulante, pero no podía separar la idea de una heroína completa de Clara Brereton. ¡Su situación con Lady Denham estaba muy a favor de ello! Parecía colocada con ella a propósito para ser maltratada. Tal

pobreza y dependencia unidas a tal belleza y mérito, parecían no dejar opción en el asunto.

Estos sentimientos no eran el resultado de ningún espíritu de romance en la propia Charlotte. No, ella era una joven de mente muy sobria, lo suficientemente bien leída en novelas para surtir a su imaginación de entretenimiento, pero no influenciada irrazonablemente por ellas en absoluto; y mientras se complacía los primeros cinco minutos imaginando las persecuciones que debían ser el lote de la interesante Clara, especialmente en la forma de la conducta más bárbara por parte de Lady Denham, no encontró renuencia en admitir, por observación posterior, que parecían estar en términos muy cómodos. No podía ver nada peor en Lady Denham que el tipo de formalidad anticuada de llamarla siempre «Srta. Clara», ni nada objetable en el grado de observancia y atención que Clara le prestaba. Por un lado parecía bondad protectora, por el otro respeto agradecido y afectuoso.

La conversación giró enteramente sobre Sanditon, su número actual de visitantes y las posibilidades de una buena temporada. Era evidente que Lady Denham tenía más ansiedad, más temores de pérdida, que su coadjutor. Quería que el lugar se llenara más rápido, y parecía tener muchas aprensiones inquietantes de que los alojamientos se subarrendaran en algunos casos. Las dos grandes familias de la Srta. Diana Parker no fueron olvidadas.

—Muy bien, muy bien —dijo su señoría—. Una familia de las Indias Occidentales y una escuela. Eso suena bien. Eso traerá dinero.

—Nadie gasta más libremente, creo, que los indios —observó el Sr. Parker.

—Sí, eso he oído, y porque tienen los bolsillos llenos, se imaginan iguales, tal vez, a sus viejas familias del campo. Pero entonces, los que esparcen su dinero tan libremente, nunca piensan en si no estarán haciendo daño subiendo el precio de las cosas. Y he oído que ese es mucho el caso con sus indios, y si vienen entre

nosotros para subir el precio de nuestras necesidades de la vida, no se lo agradeceremos mucho, Sr. Parker.

—Mi querida señora, solo pueden subir el precio de los artículos de consumo, por una demanda tan extraordinaria de ellos y tal difusión de dinero entre nosotros, que debe hacernos más bien que mal. Nuestros carniceros y panaderos y comerciantes en general no pueden enriquecerse sin traernos prosperidad. Si ellos no ganan, nuestros alquileres deben ser inseguros, y en proporción a su beneficio debe ser el nuestro eventualmente en el aumento del valor de nuestras casas.

—¡Oh! Bueno. Pero no me gustaría que subiera la carne de carnicero, sin embargo, y la mantendré baja tanto como pueda. Sí, veo que esa joven sonríe; me atrevo a decir que piensa que soy una especie de criatura extraña, pero ella misma llegará a preocuparse por tales asuntos con el tiempo. Sí, sí, querida, confía en ello, estarás pensando en el precio de la carne de carnicero con el tiempo, aunque puede que no tengas un salón de sirvientes tan lleno que alimentar como yo. Y creo que los que mejor están son los que tienen menos sirvientes. No soy una mujer de ostentación, como todo el mundo sabe, y si no fuera por lo que debo a la memoria del pobre Sr. Hollis, nunca mantendría Sanditon House como lo hago; no es por mi propio placer. Bueno, Sr. Parker, y la otra es una escuela, un internado francés, ¿verdad? No hay daño en eso. Se quedarán sus seis semanas. Y de tal número, quién sabe si algunas pueden ser tísicas y querer leche de burra, y tengo dos burras lecheras en este momento. Pero quizás las señoritas puedan dañar los muebles. Espero que tengan una institutriz bien severa para cuidarlas.

El pobre Sr. Parker no obtuvo más crédito de Lady Denham del que había obtenido de sus hermanas por el objeto que lo había llevado a Willingden.

—¡Señor! Mi querido señor —exclamó ella—, ¿cómo pudo pensar en tal cosa? Lamento mucho que tuviera su accidente, pero bajo mi palabra que se lo merecía. ¡Ir tras un médico! ¿Por qué, qué

haríamos con un médico aquí? Solo sería animar a nuestros sirvientes y a los pobres a imaginarse enfermos, si hubiera un médico a mano. ¡Oh! Le ruego, no tengamos a nadie de esa tribu en Sanditon. Vamos muy bien como estamos. Están el mar y las dunas y mis burras lecheras, y le he dicho a la Sra. Whitby que si alguien pregunta por una caseta de cámara, se le puede suministrar a un precio justo (la caseta de cámara del pobre Sr. Hollis, tan buena como nueva), ¿y qué más puede querer la gente? Aquí he vivido setenta buenos años en el mundo y nunca tomé medicina más de dos veces, y nunca vi la cara de un médico en toda mi vida, por mi propia cuenta. Y verdaderamente creo que si mi pobre querido Sir Harry no hubiera visto nunca a uno tampoco, estaría vivo ahora. Diez honorarios, uno tras otro, se llevó el hombre que lo envió al otro mundo. Le suplico, Sr. Parker, nada de médicos aquí.

Trajeron las cosas del té.

—¡Oh! Mi querida Sra. Parker, de verdad no debería. ¿Por qué haría eso? Estaba justo a punto de desearles buenas noches. Pero ya que son tan vecinales, creo que la Srta. Clara y yo debemos quedarnos.

CAPÍTULO VII

La popularidad de los Parker les trajo algunos visitantes a la mañana siguiente; entre ellos, Sir Edward Denham y su hermana, quienes habiendo estado en Sanditon House, siguieron para presentar sus respetos; y habiéndose cumplido el deber de escribir cartas, Charlotte estaba instalada con la Sra. Parker en el salón a tiempo para verlos a todos.

Los Denham fueron los únicos que suscitaron una atención particular. Charlotte se alegró de completar su conocimiento de la familia mediante una presentación, y los encontró, al menos a la mejor mitad (pues mientras es soltero, el caballero a veces puede considerarse la mejor mitad de la pareja), no indignos de atención. La Srta. Denham era una joven elegante, pero fría y reservada, dando la idea de alguien que sentía su importancia con orgullo y su pobreza con descontento, y que estaba inmediatamente carcomida por la falta de un carruaje más hermoso que la simple calesa en la que viajaban, y que su mozo de cuadra paseaba todavía a su vista. Sir Edward era muy superior a ella en aire y modales; ciertamente guapo, pero aún más digno de mención por su muy buen trato y deseo de prestar atención y dar placer. Entró en la habitación notablemente bien, habló mucho —y mucho a Charlotte, junto a quien casualmente fue colocado— y ella pronto percibió que tenía un semblante fino, una gentileza de voz sumamente agradable y mucha conversación.

Le gustó. Sobria como era, le pareció agradable, y no discutió con la sospecha de que él la encontrara igualmente así, lo cual surgiría

de que él evidentemente ignoraba la indicación de su hermana de irse, y persistía en su puesto y su discurso. No pido disculpas por la vanidad de mi heroína. Si hay señoritas en el mundo en su época de la vida, más torpes de imaginación y más descuidadas de agradar, no las conozco, y nunca deseo conocerlas.

Por fin, desde la ventana francesa baja del salón que dominaba el camino y todos los senderos a través de la duna, Charlotte y Sir Edward, sentados como estaban, no pudieron sino observar a Lady Denham y a la Srta. Brereton pasando, e instantáneamente hubo un ligero cambio en el semblante de Sir Edward, con una mirada ansiosa tras ellas mientras procedían, seguida de una pronta propuesta a su hermana, no meramente de moverse, sino de caminar juntos hacia la Terraza, lo que en conjunto dio un giro apresurado a la imaginación de Charlotte, la curó de su fiebre de media hora y la colocó en un estado más capaz de juzgar, cuando Sir Edward se hubo ido, de lo agradable que había sido realmente.

«Tal vez había mucho en su aire y trato; y su título no le hacía daño».

Muy pronto estuvo en su compañía de nuevo. El primer objetivo de los Parker, cuando su casa quedó libre de visitas matutinas, fue salir ellos mismos; la Terraza era la atracción para todos. Todo el que caminaba debía empezar por la Terraza, y allí, sentados en uno de los dos bancos verdes junto al camino de grava, encontraron al grupo Denham unido; pero aunque unido en el grueso, muy claramente dividido de nuevo, estando las dos damas superiores en un extremo del banco, y Sir Edward y la Srta. Brereton en el otro.

La primera mirada de Charlotte le dijo que el aire de Sir Edward era el de un amante. No podía haber duda de su devoción por Clara. Cómo lo recibía Clara era menos obvio, pero ella se inclinaba a pensar que no muy favorablemente; pues aunque estaba sentada así aparte con él (lo cual probablemente no había podido evitar), su aire era tranquilo y grave. Que la joven dama en el otro extremo del banco estaba haciendo penitencia, era indudable. La diferencia en el semblante de la Srta. Denham, el cambio de la Srta. Denham

sentada en fría grandeza en el salón de la Sra. Parker para ser salvada del silencio por los esfuerzos de otros, a la Srta. Denham en el codo de Lady Denham, escuchando y hablando con atención sonriente o ansiosa solicitud, era muy sorprendente y muy divertido, o muy melancólico, según prevaleciera la sátira o la moralidad.

El carácter de la Srta. Denham estaba bastante decidido para Charlotte. El de Sir Edward requería una observación más larga. Él la sorprendió al dejar a Clara inmediatamente al unirse todos y acordar caminar, y al dirigir sus atenciones enteramente a ella. Posicionándose cerca de ella, parecía querer separarla tanto como fuera posible del resto del grupo y darle la totalidad de su conversación.

Comenzó, en un tono de gran gusto y sentimiento, a hablar del mar y de la orilla del mar, y recorrió con energía todas las frases habituales empleadas en alabanza de su sublimidad, y descriptivas de las emociones indescriptibles que excitan en la mente de sensibilidad. La terrible grandeza del océano en una tormenta, su superficie vítrea en calma, sus gaviotas y su hinojo marino, y las profundas brazas de sus abismos, sus rápidas vicisitudes, sus terribles engaños, sus marineros tentándolo bajo el sol y abrumados por la tempestad repentina; todo fue tocado con entusiasmo y fluidez; bastante común tal vez, pero quedando muy bien en los labios de un guapo Sir Edward, y ella no pudo sino pensar que era un hombre de sentimiento, hasta que él comenzó a tambalearla con el número de sus citas y el desconcierto de algunas de sus oraciones.

—¿Recuerda —dijo él— los hermosos versos de Scott sobre el mar? ¡Oh! ¡Qué descripción transmiten! Nunca se apartan de mis pensamientos cuando camino aquí. ¡Ese hombre que pueda leerlos impasible debe tener los nervios de un asesino! El cielo me defienda de encontrarme con tal hombre desarmado.

—¿A qué descripción se refiere? —dijo Charlotte—. No recuerdo ninguna en este momento, del mar, en ninguno de los poemas de Scott.

—¿De verdad que no? Tampoco puedo recordar exactamente el principio en este momento. Pero... no puede haber olvidado su descripción de la mujer:

«¡Oh, mujer! En nuestras horas de sosiego...»

»¡Delicioso! ¡Delicioso! Si no hubiera escrito nada más, habría sido inmortal. Y luego otra vez, ese inigualable, inmejorable discurso al afecto parental:

«Algunos sentimientos son dados a los mortales con menos de tierra en ellos que de cielo», etc.

»Pero mientras estamos en el tema de la poesía, ¿qué piensa usted, Srta. Heywood, de los versos de Burns a su Mary? ¡Oh! ¡Hay patetismo para enloquecer a uno! Si alguna vez hubo un hombre que sintió, ese fue Burns. Montgomery tiene todo el fuego de la poesía, Wordsworth tiene el alma verdadera de ella, Campbell en sus *Pleasures of Hope* ha tocado el extremo de nuestras sensaciones: «Como visitas de ángeles, pocas y distantes entre sí». ¿Puede concebir algo más subyugante, más conmovedor, más cargado de lo sublime profundo que ese verso? Pero Burns... confieso mi sentido de su preeminencia, Srta. Heywood. Si Scott tiene una falta, es la falta de pasión. Tierno, elegante, descriptivo... pero manso. El hombre que no puede hacer justicia a los atributos de la mujer es mi desprecio. A veces, de hecho, un destello de sentimiento parece irradiarlo, como en los versos de los que hablábamos: «¡Oh, mujer! En nuestras horas de sosiego...». Pero Burns está siempre en llamas. Su alma era el altar en el que la hermosa mujer se sentaba entronizada, su espíritu verdaderamente respiraba el incienso inmortal que es su debido.

—He leído varios de los poemas de Burns con gran deleite —dijo Charlotte tan pronto como tuvo tiempo de hablar—, pero no soy lo suficientemente poética para separar la poesía de un hombre enteramente de su carácter; y las conocidas irregularidades del pobre Burns interrumpen grandemente mi disfrute de sus versos. Tengo dificultad en depender de la verdad de sus sentimientos como

amante. No tengo fe en la sinceridad de los afectos de un hombre de su descripción. Él sentía y escribía y olvidaba.

—¡Oh! No, no —exclamó Sir Edward en éxtasis—. ¡Él era todo ardor y verdad! Su genio y sus susceptibilidades podrían llevarlo a algunas aberraciones. ¿Pero quién es perfecto? Sería hipercrítica, sería pseudofilosofía esperar del alma de un genio de alto tono las bajezas de una mente común. Los destellos de talento, suscitados por el sentimiento apasionado en el pecho del hombre, son quizás incompatibles con algunas de las prosaicas decencias de la vida; ni puede usted, encantadora Srta. Heywood —hablando con aire de profundo sentimiento—, ni puede ninguna mujer ser una juez justa de lo que un hombre puede ser propulsado a decir, escribir o hacer, por los impulsos soberanos de un ardor ilimitable.

Esto era muy fino; pero si Charlotte lo entendía en absoluto, no era muy moral, y no estando además de ninguna manera complacida con su extraordinario estilo de cumplido, respondió gravemente:

—Realmente no sé nada del asunto. Es un día encantador. El viento imagino que debe ser del sur.

—¡Feliz, feliz viento, para ocupar los pensamientos de la Srta. Heywood!

Ella empezó a pensar que él era francamente tonto. Su elección de caminar con ella, había aprendido a entenderla. Se hacía para picar a la Srta. Brereton. Ella lo había leído en una o dos miradas ansiosas por parte de él, pero por qué debía hablar tantas tonterías, a menos que no pudiera hacerlo mejor, era ininteligible. Parecía muy sentimental, muy lleno de algunos sentimientos u otros, y muy adicto a todas las palabras difíciles de última moda; no tenía un cerebro muy claro, presumía ella, y hablaba mucho de memoria. El futuro podría explicarlo más; pero cuando hubo una proposición de entrar en la Biblioteca, sintió que había tenido suficiente de Sir Edward por una mañana, y aceptó muy alegremente la invitación de Lady Denham de permanecer en la Terraza con ella.

Los demás los dejaron a todos, Sir Edward con miradas de muy galante desesperación al arrancarse de allí, y ellas unieron su afabilidad; es decir, Lady Denham, como una verdadera gran dama, hablaba y hablaba solo de sus propios asuntos, y Charlotte escuchaba, divertida al considerar el contraste entre sus dos compañeros. Ciertamente, no había ningún tono de sentimiento dudoso, ni ninguna frase de difícil interpretación en el discurso de Lady Denham. Tomando el brazo de Charlotte con la facilidad de quien sentía que cualquier atención de su parte era un honor, y comunicativa, por la influencia de la misma importancia consciente o un amor natural por hablar, dijo inmediatamente en un tono de gran satisfacción, y con una mirada de astuta sagacidad:

—La Srta. Esther quiere que la invite a ella y a su hermano a pasar una semana conmigo en Sanditon House, como hice el verano pasado. Pero no lo haré. Ella ha estado tratando de camelarme de todas las maneras, con sus elogios de esto, y sus elogios de aquello; pero vi lo que tramaba. Lo vi todo claro. No soy muy fácil de engañar, querida.

Charlotte no pudo pensar en nada más inofensivo que decir, que la simple pregunta de:

—¿Sir Edward y la Srta. Denham?

—Sí, querida. Mis jóvenes, como los llamo a veces, pues los ayudo mucho. Los tuve conmigo el verano pasado por estas fechas, durante una semana; de lunes a lunes; y quedaron muy encantados y agradecidos. Porque son muy buenos jóvenes, querida. No quisiera que pensaras que solo los atiendo por el bien del pobre querido Sir Harry. No, no; son muy meritorios por sí mismos, o créeme, no estarían tanto en mi compañía. No soy mujer de ayudar a nadie a ciegas. Siempre me aseguro de saber lo que hago y con quién trato, antes de mover un dedo. No creo que me hayan engañado nunca en mi vida; y eso es mucho decir para una mujer que se ha casado dos veces. El pobre querido Sir Harry (entre nosotros) pensó al principio haber conseguido más. Pero —con un pequeño suspiro— se ha ido, y no debemos encontrar faltas en los muertos. Nadie pudo vivir más

feliz juntos que nosotros; y era un hombre muy honorable, todo un caballero de antigua familia. Y cuando murió, le di a Sir Edward su reloj de oro.

Dijo esto con una mirada a su compañera que implicaba su derecho a producir una gran impresión, y al no ver un asombro extasiado en el semblante de Charlotte, añadió rápidamente:

—No se lo legó a su sobrino, querida. No fue un legado. No estaba en el testamento. Solo me dijo, y eso solo una vez, que desearía que su sobrino tuviera su reloj; pero no habría sido vinculante, si yo no lo hubiera elegido.

—¡Muy amable de verdad! ¡Muy generoso! —dijo Charlotte, absolutamente forzada a fingir admiración.

—Sí, querida, y no es la única cosa amable que he hecho por él. He sido una amiga muy liberal para Sir Edward. Y pobre joven, lo necesita bastante. Pues aunque yo soy solo la viuda, querida, y él es el heredero, las cosas no están entre nosotros de la manera que comúnmente están entre esas dos partes. Ni un chelín recibo de la propiedad de Denham. Sir Edward no tiene pagos que hacerme. Él no está por encima, créeme. Soy yo quien le ayuda.

—¡De verdad! Es un joven muy elegante; particularmente elegante en su trato.

Esto se dijo principalmente por decir algo; pero Charlotte vio directamente que se exponía a la sospecha al darle Lady Denham una mirada sagaz y responder:

—Sí, sí, es muy bueno para mirar, y es de esperar que alguna dama de gran fortuna piense así, pues Sir Edward debe casarse por dinero. Él y yo a menudo hablamos de ese asunto. Un joven guapo como él, irá sonriendo y haciendo cumplidos a las chicas, pero sabe que debe casarse por dinero. Y Sir Edward es un joven muy formal en lo principal, y tiene muy buenas nociones.

—Sir Edward Denham —dijo Charlotte—, con tales ventajas personales puede estar casi seguro de conseguir una mujer de

fortuna, si lo desea.

Este glorioso sentimiento pareció eliminar por completo la sospecha.

—Sí, querida, eso está muy sensatamente dicho —exclamó Lady Denham—. ¡Y si pudiéramos conseguir una joven heredera para Sanditon! ¡Pero las herederas son monstruosamente escasas! No creo que hayamos tenido una heredera aquí, o incluso una coheredera, desde que Sanditon ha sido un lugar público. Vienen familias tras familias, pero hasta donde puedo saber, no es una en cien de ellas la que tiene alguna propiedad real, en tierras o fondos. Un ingreso tal vez, pero ninguna propiedad. Clérigos puede ser, o abogados de la ciudad, u oficiales a media paga, o viudas con solo una pensión vitalicia. ¿Y qué bien puede hacer esa gente a nadie? Excepto justo en que toman nuestras casas vacías, y (entre nosotros) creo que son grandes tontos por no quedarse en casa. Ahora bien, si pudiéramos conseguir que enviaran aquí a una joven heredera por su salud (y si se le ordenara beber leche de burra yo podría suministrarla), y tan pronto como se pusiera bien, ¡hacer que se enamorara de Sir Edward!

—Eso sería muy afortunado de verdad.

—Y la Srta. Esther debe casarse con alguien de fortuna también. Debe conseguir un marido rico. ¡Ah! ¡Las señoritas que no tienen dinero son muy dignas de lástima! Pero —tras una breve pausa— si la Srta. Esther piensa convencerme de invitarlos a venir y quedarse en Sanditon House, se encontrará equivocada. Las cosas han cambiado conmigo desde el verano pasado, ya sabes. Tengo a la Srta. Clara conmigo ahora, lo que hace una gran diferencia.

Dijo esto tan seriamente que Charlotte vio instantáneamente en ello la evidencia de una penetración real y se preparó para algunas observaciones más completas; pero fue seguido solo por:

—No tengo ganas de tener mi casa tan llena como un hotel. No elegiría que el tiempo de mis dos criadas se ocupara toda la mañana en quitar el polvo de los dormitorios. Tienen la habitación de la Srta.

Clara que arreglar así como la mía todos los días. Si tuvieran puestos difíciles, querrían salarios más altos.

Para objeciones de esta naturaleza, Charlotte no estaba preparada, y encontró tan imposible incluso fingir simpatía, que no pudo decir nada. Lady Denham pronto añadió, con gran regocijo:

—Y además de todo esto, querida, ¿voy a estar llenando mi casa en perjuicio de Sanditon? Si la gente quiere estar junto al mar, ¿por qué no toman alojamientos? Aquí hay muchas casas vacías; tres en esta misma Terraza; no menos de tres papeles de alquiler mirándome a la cara en este mismo momento, números 3, 4 y 8. El 8, la casa de la esquina puede ser demasiado grande para ellos, pero cualquiera de las otras dos son casitas agradables y acogedoras, muy aptas para un joven caballero y su hermana. Y así, querida, la próxima vez que la Srta. Esther empiece a hablar sobre la humedad de Denham Park, y lo bien que le sientan siempre los baños, les aconsejaré que vengán y tomen uno de estos alojamientos por una quincena. ¿No crees que eso será muy justo? La caridad empieza por casa, ya sabes.

Los sentimientos de Charlotte estaban divididos entre la diversión y la indignación; pero la indignación tenía la parte mayor y creciente. Mantuvo su semblante y mantuvo un silencio cortés. No podía llevar su tolerancia más lejos; pero sin intentar escuchar más tiempo, y solo consciente de que Lady Denham seguía hablando de la misma manera, permitió que sus pensamientos formaran una meditación como esta:

«Es completamente mezquina. No había esperado nada tan malo. El Sr. Parker habló demasiado suavemente de ella. Su juicio evidentemente no es de fiar. Su propia buena naturaleza le extravía. Es demasiado bondadoso para ver claramente. Debo juzgar por mí misma. Y su misma conexión le prejuicia. La ha persuadido para participar en la misma especulación, y porque su objeto en ese ramo es el mismo, se imagina que ella siente como él en otros. Pero ella es muy, muy mezquina. No puedo ver ningún bien en ella. ¡Pobre Srta. Brereton! Y ella hace a todos mezquinos a su alrededor. Este

pobre Sir Edward y su hermana, hasta qué punto la naturaleza quiso que fueran respetables no lo sé, pero están obligados a ser mezquinos en su servilismo hacia ella. Y yo soy mezquina también, al darle mi atención, con la apariencia de coincidir con ella. Así es, cuando la gente rica es sórdida».

CAPÍTULO VIII

Las dos damas continuaron caminando juntas hasta que se reunieron con los otros, quienes al salir de la Biblioteca eran seguidos por un joven Whitby corriendo con cinco volúmenes bajo el brazo hacia la calesa de Sir Edward, y Sir Edward, acercándose a Charlotte, dijo:

—Puede percibir cuál ha sido nuestra ocupación. Mi hermana quería mi consejo en la selección de algunos libros. Tenemos muchas horas de ocio, y leemos mucho. No soy un lector de novelas indiscriminado. La mera basura de la biblioteca circulante común, la tengo en el más alto desprecio. Nunca me oiré abogando por esas emanaciones pueriles que no detallan más que principios discordantes incapaces de amalgama, o esos tejidos insípidos de ocurrencias ordinarias de los cuales no se pueden sacar deducciones útiles. En vano podemos ponerlos en un alambique literario; no destilamos nada que pueda añadir a la ciencia. ¿Me entiende, estoy seguro?

—No estoy muy segura de hacerlo. Pero si describe el tipo de novelas que sí aprueba, me atrevo a decir que me dará una idea más clara.

—Muy gustosamente, bella interrogadora. Las novelas que apruebo son las que despliegan la naturaleza humana con grandeza, las que la muestran en las sublimidades del sentimiento intenso, las que exhiben el progreso de la fuerte pasión desde el primer germen de susceptibilidad incipiente hasta las máximas energías de la razón

medio destronada, donde vemos la fuerte chispa de las cautivaciones de la mujer suscitar tal fuego en el alma del hombre que lo lleva (aunque a riesgo de alguna aberración de la línea estricta de las obligaciones primitivas) a arriesgarlo todo, atreverse a todo, lograrlo todo, para obtenerla. Tales son las obras que leo con deleite, y espero poder decir, con mejoramiento. Presentan los retratos más espléndidos de altas concepciones, vistas ilimitadas, ardor ilimitable, decisión indomable; e incluso cuando el evento es principalmente antiprospero para las maquinaciones de alto tono del personaje principal, el potente y penetrante héroe de la historia, nos deja llenos de emociones generosas por él; nuestros corazones quedan paralizados. Sería pseudofilosofía afirmar que no nos sentimos más envueltos por la brillantez de su carrera, que por las virtudes tranquilas y mórbidas de cualquier personaje opuesto. Nuestra aprobación de este último no es más que limosnera. Estas son las novelas que amplían las capacidades primitivas del corazón, y con las que no puede impugnar el sentido ni ser ninguna negligencia del carácter, del hombre más antipueril, estar familiarizado.

—Si le entiendo bien —dijo Charlotte—, nuestro gusto en novelas no es en absoluto el mismo.

Y aquí se vieron obligados a separarse, estando la Srta. Denham demasiado cansada de todos ellos para quedarse más tiempo.

La verdad era que Sir Edward, a quien las circunstancias habían confinado mucho a un solo lugar, había leído más novelas sentimentales de las que le convenían. Su imaginación había sido atrapada temprano por todas las partes apasionadas, y más objetables, de las de Richardson; y autores como los que han aparecido desde entonces para seguir los pasos de Richardson, en lo que respecta a la persecución decidida de la mujer por el hombre en desafío a toda oposición de sentimiento y conveniencia, habían ocupado desde entonces la mayor parte de sus horas literarias, y formado su carácter. Con una perversidad de juicio, que debe atribuirse a no tener por naturaleza una cabeza muy fuerte, las

gracias, el espíritu, la sagacidad y la perseverancia del villano de la historia superaban todos sus absurdos y todas sus atrocidades para Sir Edward. Con él, tal conducta era genio, fuego y sentimiento. Le interesaba y le inflamaba; y siempre estaba más ansioso por su éxito y lloraba sus derrotas con más ternura de lo que jamás podrían haber contemplado los autores. Aunque debía muchas de sus ideas a este tipo de lectura, sería injusto decir que no leía nada más, o que su lenguaje no estaba formado sobre un conocimiento más general de la literatura moderna. Leía todos los ensayos, cartas, viajes y críticas del día, y con la misma mala suerte que le hacía derivar solo principios falsos de lecciones de moralidad, e incentivos al vicio de la historia de su derrocamiento, reunía solo palabras difíciles y oraciones complicadas del estilo de nuestros escritores más aprobados.

El gran objetivo de Sir Edward en la vida era ser seductor. Con tales ventajas personales como sabía que poseía, y tales talentos como también se atribuía, lo consideraba su deber. Sentía que estaba formado para ser un hombre peligroso, bastante en la línea de los Lovelace. El mismo nombre de Sir Edward, pensaba, llevaba consigo cierto grado de fascinación. Ser generalmente galante y asiduo con las bellas, hacer bonitos discursos a cada chica guapa, no era más que la parte inferior del personaje que tenía que interpretar. A la Srta. Heywood, o a cualquier otra joven con alguna pretensión de belleza, tenía derecho (según sus propias opiniones de la sociedad) a acercarse con altos cumplidos y rapsodias al más leve conocimiento; pero era Clara sola sobre quien tenía designios serios; era a Clara a quien pretendía seducir.

Su seducción estaba bastante decidida. Su situación en todos los sentidos lo exigía. Ella era su rival en el favor de Lady Denham, era joven, encantadora y dependiente. Él había visto muy temprano la necesidad del caso, y llevaba mucho tiempo intentando con cautelosa asiduidad causar una impresión en su corazón, y socavar sus principios. Clara veía a través de él, y no tenía la menor intención de ser seducida; pero lo soportaba con bastante paciencia para confirmar el tipo de apego que sus encantos personales habían

suscitado. Un mayor grado de desaliento, de hecho, no habría afectado a Sir Edward. Estaba armado contra el grado más alto de desdén o aversión. Si no podía ser ganada por afecto, debía raptarla. Él conocía su negocio. Ya había tenido muchas reflexiones sobre el tema. Si se veía obligado a actuar así, debía naturalmente desear idear algo nuevo, superar a los que le habían precedido, y sentía una fuerte curiosidad por determinar si los alrededores de Tombuctú podrían no ofrecer alguna casa solitaria adaptada para la recepción de Clara; pero el gasto, ¡ay!, de medidas en ese estilo magistral era inadecuado para su bolsillo, y la prudencia le obligaba a preferir el tipo más tranquilo de ruina y desgracia para el objeto de sus afectos, a lo más renombrado.

CAPÍTULO IX

Un día, poco después de la llegada de Charlotte a Sanditon, tuvo el placer de ver, justo cuando ascendía desde las arenas hacia la Terraza, el carruaje de un caballero con caballos de posta detenido a la puerta del hotel, como recién llegado, y por la cantidad de equipaje que estaban bajando, cabía esperar que trajera a alguna familia respetable decidida a una larga residencia.

Encantada de tener tan buenas noticias para el Sr. y la Sra. Parker, que se habían ido a casa un poco antes, se dirigió a Trafalgar House con tanta presteza como le quedaba, después de haber estado luchando durante las últimas dos horas con un viento muy fuerte que soplaba directamente sobre la costa; pero no había llegado al pequeño jardín cuando vio a una dama caminando ágilmente detrás de ella a no mucha distancia; y convencida de que no podía ser ninguna conocida suya, resolvió apresurarse y entrar en la casa si era posible antes que ella. Pero el paso de la desconocida no permitió lograrlo; Charlotte estaba en los escalones y había llamado, pero la puerta no se había abierto cuando la otra cruzó el jardín; y cuando apareció el criado, ambas estaban igual de listas para entrar en la casa.

La desenvoltura de la dama, su «¿Cómo estás, Morgan?», y la mirada de Morgan al verla, fueron el asombro de un momento; pero otro momento trajo al Sr. Parker al vestíbulo para dar la bienvenida a la hermana que había visto desde el salón, y pronto fue presentada a la Srta. Diana Parker. Hubo una gran sorpresa, pero aún más placer al verla. Nada pudo ser más amable que su recepción por

parte de ambos, marido y mujer. ¡Cómo había venido! ¿Y con quién? ¡Y estaban tan contentos de encontrarla capaz de realizar el viaje! Y que ella debía quedarse con ellos, era algo natural.

La Srta. Diana Parker tenía unos treinta y cuatro años, de estatura media y delgada; de aspecto delicado más que enfermizo; con una cara agradable y ojos muy animados; sus modales se asemejaban a los de su hermano en su desenvoltura y franqueza, aunque con más decisión y menos suavidad en su tono. Comenzó un relato de sí misma sin demora, agradeciéndoles su invitación, pero «eso estaba completamente fuera de discusión, pues habían venido los tres, y tenían la intención de alojarse en una vivienda alquilada y hacer una estancia».

—¡Los tres han venido! ¡Cómo! ¡Susan y Arthur! ¡Susan capaz de venir también! Esto es cada vez mejor.

—Sí, hemos venido todos realmente. Bastante inevitable. No había nada más que hacer. Lo oiréis todo. Pero, mi querida Mary, envía a buscar a los niños; anhelo verlos.

—¿Y cómo ha soportado Susan el viaje? ¿Y cómo está Arthur? ¿Y por qué no lo vemos aquí contigo?

—Susan lo ha soportado maravillosamente. No pegó ojo ni la noche antes de salir, ni anoche en Chichester, y como esto no es tan común en ella como en mí, he tenido mil temores por ella; pero se ha mantenido maravillosamente, no tuvo histeria de importancia hasta que llegamos a la vista del pobre viejo Sanditon, y el ataque no fue muy violento, casi terminado para cuando llegamos a vuestro hotel, así que la sacamos del carruaje extremadamente bien, con solo la ayuda del Sr. Woodcock, y cuando la dejé estaba dirigiendo la disposición del equipaje y ayudando al viejo Sam a desatar los baúles. Ella os envía su mayor amor, con mil lamentos por ser una criatura tan pobre que no pudo venir conmigo. Y en cuanto al pobre Arthur, él mismo no habría estado poco dispuesto, pero hay tanto viento que no creí que pudiera aventurarse con seguridad, pues estoy segura de que le ronda el lumbago, y así que le ayudé a

ponerse su abrigo y lo envié a la Terraza, para que nos alquilara alojamiento. La Srta. Heywood debe haber visto nuestro carruaje parado en el hotel. Conocí a la Srta. Heywood en el momento en que la vi delante de mí en la duna. Mi querido Tom, me alegro de verte caminar tan bien. Déjame sentir tu tobillo. Está bien; todo correcto y limpio. El juego de tus tendones muy poco afectado, apenas perceptible. Bueno, ahora la explicación de que yo esté aquí. Te conté en mi carta sobre las dos familias considerables que esperaba asegurar para ti: los de las Indias Occidentales y el seminario.

Aquí el Sr. Parker acercó su silla aún más a su hermana y le tomó la mano de nuevo muy afectuosamente mientras respondía:

—Sí, sí; ¡qué activa y qué amable has sido!

—Los de las Indias Occidentales —continuó ella—, a quienes considero los más deseables de los dos, como lo mejor de lo bueno, resultan ser una Sra. Griffiths y su familia. Solo los conozco a través de otros. Debes haberme oído mencionar a la Srta. Capper, la amiga particular de mi muy particular amiga Fanny Noyce; ahora bien, la Srta. Capper es extremadamente íntima con una Sra. Darling, que está en términos de correspondencia constante con la propia Sra. Griffiths. Solo una cadena corta, ya ves, entre nosotras, y no falta ningún eslabón. La Sra. Griffiths tenía la intención de ir al mar, para beneficio de sus jóvenes, había fijado la costa de Sussex, pero estaba indecisa en cuanto a dónde, quería algo privado, y escribió para pedir la opinión de su amiga la Sra. Darling. La Srta. Capper casualmente se alojaba con la Sra. Darling cuando llegó la carta de la Sra. Griffiths, y fue consultada sobre la cuestión; escribió el mismo día a Fanny Noyce y se lo mencionó, y Fanny, toda viva por nosotros, instantáneamente tomó su pluma y me envió la circunstancia, excepto en cuanto a nombres, que han trascendido hace poco. Solo había una cosa que yo pudiera hacer. Respondí a la carta de Fanny por el mismo correo y presioné por la recomendación de Sanditon. Fanny había temido que no tuvierais ninguna casa lo suficientemente grande para recibir a tal familia. Pero parece que estoy alargando mi

historia interminablemente. Ya ves cómo se gestionó todo. Tuve el placer de escuchar poco después, por el mismo simple eslabón de conexión, que Sanditon había sido recomendado por la Sra. Darling, y que los de las Indias Occidentales estaban muy dispuestos a ir allí. Este era el estado del caso cuando te escribí; pero hace dos días — sí, anteayer— oí de nuevo de Fanny Noyce, diciendo que había oído de la Srta. Capper, quien por una carta de la Sra. Darling entendió que la Sra. Griffiths se había expresado en una carta a la Sra. Darling más dudosamente sobre el tema de Sanditon. ¿Soy clara? Preferiría ser cualquier cosa antes que no clara.

—¡Oh! Perfectamente, perfectamente. ¿Y bien?

—La razón de esta vacilación era no tener conexiones en el lugar, y no tener medios de asegurar que tendría buen alojamiento al llegar allí; y era particularmente cuidadosa y escrupulosa en todos esos asuntos más por cuenta de una cierta Srta. Lambe, una joven dama (probablemente una sobrina) bajo su cuidado, que por su propia cuenta o la de sus hijas. La Srta. Lambe tiene una inmensa fortuna, más rica que todo el resto, y una salud muy delicada. Se ve bastante claramente por todo esto, el tipo de mujer que debe ser la Sra. Griffiths: tan indefensa e indolente como la riqueza y un clima cálido suelen hacernos. Pero no todos nacemos con igual energía. ¿Qué se iba a hacer? Tuve unos momentos de indecisión. ¿Si ofrecer escribirte a ti, o a la Sra. Whitby para asegurarles una casa? Pero ninguno me complacía. Odio emplear a otros cuando soy capaz de actuar yo misma, y mi conciencia me dijo que esta era una ocasión que me llamaba. Aquí había una familia de inválidos indefensos a quienes podría servir esencialmente. Sondeé a Susan; el mismo pensamiento se le había ocurrido a ella. Arthur no puso dificultades, nuestro plan se arregló inmediatamente, salimos ayer por la mañana a las seis, dejamos Chichester a la misma hora hoy, y aquí estamos.

—¡Excelente! ¡Excelente! —gritó el Sr. Parker—. Diana, eres inigualable sirviendo a tus amigos y haciendo el bien a todo el mundo. No conozco a nadie como tú. Mary, mi amor, ¿no es una

criatura maravillosa? Bueno, y ahora, ¿qué casa planeas contratar para ellos? ¿Cuál es el tamaño de su familia?

—No lo sé en absoluto —respondió su hermana—, no tengo la menor idea; nunca escuché ningún detalle; pero estoy muy segura de que la casa más grande de Sanditon no puede ser demasiado grande. Es más probable que necesiten una segunda. Sin embargo, tomaré solo una, y eso, solo por una semana segura. Srta. Heywood, la asombro. Apenas sabe qué pensar de mí. Veo por sus miradas que no está acostumbrada a medidas tan rápidas.

Las palabras «¡Oficiosidad incomprensible! ¡Actividad vuelta loca!» acababan de pasar por la mente de Charlotte, pero una respuesta cortés fue fácil.

—Me atrevo a decir que parezco sorprendida —dijo ella—, porque estos son esfuerzos muy grandes, y sé qué inválidas sois tanto tú como tu hermana.

—Inválidas de verdad. ¡Confío en que no haya tres personas en Inglaterra que tengan un derecho tan triste a esa denominación! Pero, mi querida Srta. Heywood, somos enviados a este mundo para ser tan extensamente útiles como sea posible, y donde se da algún grado de fuerza mental, no es un cuerpo débil lo que nos excusará, o nos inclinará a excusarnos. El mundo está bastante dividido entre los débiles de mente y los fuertes, entre aquellos que pueden actuar y aquellos que no pueden, y es el deber obligatorio de los capaces no dejar escapar ninguna oportunidad de ser útiles. Las dolencias de mi hermana y las mías afortunadamente no son a menudo de una naturaleza que amenace la existencia inmediatamente, y mientras podamos esforzarnos para ser de utilidad a otros, estoy convencida de que el cuerpo está mejor por el fresco que la mente recibe al cumplir con su deber. Mientras he estado viajando, con este objeto a la vista, he estado perfectamente bien.

La entrada de los niños terminó este pequeño panegírico sobre su propia disposición, y después de haberlos notado y acariciado a todos, se preparó para irse.

—¿No puedes cenar con nosotros? ¿No es posible convencerte de que cenas con nosotros? —fue entonces el clamor; y siendo eso absolutamente negado, fue—: ¿Y cuándo te veremos de nuevo? ¿Y cómo podemos serte de utilidad?

Y el Sr. Parker ofreció calurosamente su ayuda para tomar la casa para la Sra. Griffiths.

—Iré contigo en el momento en que haya cenado —dijo él—, e iremos juntos.

Pero esto fue declinado inmediatamente.

—No, mi querido Tom, bajo ninguna circunstancia en el mundo moverás un paso en ningún asunto mío. Tu tobillo necesita descanso. Veo por la posición de tu pie que ya lo has usado demasiado. No, iré a buscar casa directamente. Nuestra cena no está ordenada hasta las seis, y para esa hora espero haberlo completado. Ahora son solo las cuatro y media. En cuanto a verme de nuevo hoy, no puedo responder por ello; los otros estarán en el hotel toda la noche, y encantados de veros en cualquier momento, pero tan pronto como regrese escucharé lo que ha hecho Arthur sobre nuestros propios alojamientos, y probablemente en el momento en que termine la cena, saldré de nuevo por asuntos relativos a ellos, pues esperamos entrar en algún alojamiento u otro y estar instalados después del desayuno mañana. No tengo mucha confianza en la habilidad del pobre Arthur para tomar alojamiento, pero parecía gustarle el encargo.

—Creo que estás haciendo demasiado —dijo el Sr. Parker—. Te vas a agotar. No deberías moverte de nuevo después de cenar.

—No, de verdad que no deberías —exclamó su esposa—, porque la cena es un mero nombre con todos vosotros, que no os puede hacer ningún bien. Sé cómo son vuestros apetitos.

—Mi apetito ha mejorado mucho, te lo aseguro, últimamente. He estado tomando algunos amargos de mi propia decocción, que han hecho maravillas. Susan nunca come, te lo concedo, y justo ahora no querré nada; nunca como durante una semana después de un

viaje, pero en cuanto a Arthur, él está demasiado dispuesto a la comida. A menudo estamos obligadas a frenarle.

—Pero no me has dicho nada de la otra familia que viene a Sanditon —dijo el Sr. Parker mientras caminaba con ella hacia la puerta de la casa—; el seminario de Camberwell, ¿tenemos una buena oportunidad con ellos?

—¡Oh! Segura, bastante segura. Los había olvidado por el momento, pero tuve una carta hace tres días de mi amiga la Sra. Charles Dupuis que me aseguró lo de Camberwell. Camberwell estará aquí con certeza, y muy pronto. Esa buena mujer (no sé su nombre), al no ser tan rica e independiente como la Sra. Griffiths, puede viajar y elegir por sí misma. Te diré cómo llegué a ella. La Sra. Charles Dupuis vive casi en la puerta de al lado de una dama, que tiene un pariente recién establecido en Clapham, que de hecho asiste al seminario y da lecciones de elocuencia y bellas letras a algunas de las chicas. Conseguí para ese hombre una liebre de uno de los amigos de Sidney, y él recomendó Sanditon. Sin que yo apareciera, sin embargo, la Sra. Charles Dupuis lo gestionó todo.

CAPÍTULO X

No hacía ni una semana desde que los sentimientos de la Srta. Diana Parker le habían dicho que el aire del mar probablemente sería, en su estado actual, su muerte, y ahora estaba en Sanditon, con la intención de hacer alguna estancia, y sin parecer tener el más mínimo recuerdo de haber escrito o sentido tal cosa. Era imposible para Charlotte no sospechar una buena dosis de imaginación en tan extraordinario estado de salud. Trastornos y recuperaciones tan fuera de lo común parecían más el entretenimiento de mentes ansiosas faltas de empleo que aflicciones y alivios reales.

Los Parker eran sin duda una familia de imaginación y sentimientos rápidos, y mientras el hermano mayor encontraba salida para su superfluidad de sensación como proyectista, las hermanas tal vez se veían impulsadas a disipar la suya en la invención de dolencias extrañas. Evidentemente, no toda su vivacidad mental se empleaba así; parte se invertía en un celo por ser útiles. Parecía que debían estar muy ocupados por el bien de los demás, o bien extremadamente enfermos ellos mismos. Cierta delicadeza natural de constitución, de hecho, con una desafortunada inclinación por la medicina, especialmente la medicina de curanderos, les había dado una tendencia temprana en varios momentos a diversos trastornos; el resto de sus sufrimientos provenía de la imaginación, el amor a la distinción y el amor a lo maravilloso. Tenían corazones caritativos y muchos sentimientos amables, pero un espíritu de actividad inquieta, y la gloria de hacer más que nadie, tenían su parte en cada esfuerzo de benevolencia, y

había vanidad en todo lo que hacían, así como en todo lo que soportaban.

El Sr. y la Sra. Parker pasaron gran parte de la velada en el hotel; pero Charlotte solo tuvo dos o tres visiones de la Srta. Diana corriendo por la duna tras una casa para esa dama a la que nunca había visto, y que nunca la había empleado. No conoció a los otros hasta el día siguiente, cuando, habiéndose mudado a un alojamiento, y continuando todo el grupo bastante bien, se rogó a su hermano y hermana y a ella misma que tomaran el té con ellos.

Estaban en una de las casas de la Terraza, y los encontró dispuestos para la velada en un pequeño y pulcro salón, con una hermosa vista del mar si la hubieran elegido, pero aunque había sido un día de verano inglés muy bueno, no solo no había ninguna ventana abierta, sino que el sofá y la mesa, y el establecimiento en general, estaban todos en el otro extremo de la habitación junto a un fuego vivo.

La Srta. Parker, a quien, recordando los tres dientes extraídos en un día, Charlotte se acercó con un grado peculiar de compasión respetuosa, no era muy diferente a su hermana en persona o modales, aunque más delgada y desgastada por la enfermedad y la medicina, más relajada en aire y más apagada en voz. Habló, sin embargo, toda la velada tan incesantemente como Diana, y exceptuando que estaba sentada con sales en la mano, tomó gotas dos o tres veces de uno de los varios frascos que ya estaban como en casa sobre la repisa de la chimenea, e hizo muchas muecas y contorsiones extrañas, Charlotte no pudo percibir ningún síntoma de enfermedad que ella, en la audacia de su propia buena salud, no se hubiera comprometido a curar apagando el fuego, abriendo la ventana y deshaciéndose de las gotas y las sales por medio de uno u otro.

Había tenido considerable curiosidad por ver al Sr. Arthur Parker; y habiéndolo imaginado como un joven muy enclenque y de aspecto delicado, el más pequeño materialmente de una familia no robusta, se asombró al encontrarlo tan alto como su hermano y mucho más

robusto —ancho de hechuras y fornido— y sin otro aspecto de inválido que una tez abotargada.

Diana era evidentemente la jefa de la familia; principal promotora y actriz; había estado de pie toda la mañana, en los negocios de la Sra. Griffiths o en los suyos propios, y seguía siendo la más alerta de los tres. Susan solo había supervisado su mudanza final del hotel, trayendo dos cajas pesadas ella misma; y Arthur había encontrado el aire tan frío que simplemente había caminado de una casa a la otra tan ágilmente como pudo, y se jactaba mucho de haberse sentado junto al fuego hasta que había avivado uno muy bueno.

Diana, cuyo ejercicio había sido demasiado doméstico para admitir cálculo, pero que, según su propia cuenta, no se había sentado ni una vez durante el espacio de siete horas, se confesó un poco cansada. Sin embargo, había tenido demasiado éxito para mucha fatiga; pues no solo había asegurado al fin, caminando y hablando contra mil dificultades, una casa adecuada a 8 guineas por semana para la Sra. Griffiths; también había abierto tantos tratados con cocineras, camareras, lavanderas y bañeras, que la Sra. Griffiths tendría poco más que hacer a su llegada que agitar la mano y reunir las a su alrededor para elegir. Su esfuerzo final en la causa habían sido unas pocas líneas educadas de información a la propia Sra. Griffiths, no permitiendo el tiempo el tren tortuoso de inteligencia que se había mantenido hasta entonces, y ahora se estaba regalando en el deleite de abrir las primeras trincheras de un conocimiento con tal poderosa descarga de obligación inesperada.

El Sr. y la Sra. Parker y Charlotte habían visto dos sillas de posta cruzando la duna hacia el hotel mientras salían; una vista alegre y llena de especulación. Las señoritas Parker y Arthur también habían visto algo: podían distinguir desde su ventana que había una llegada al hotel, pero no su cantidad. Sus visitantes respondieron por dos coches de alquiler. ¿Podría ser el seminario de Camberwell? No, no. Si hubiera habido un tercer carruaje, tal vez podría ser; pero se acordó muy generalmente que dos coches de alquiler nunca podrían

contener un seminario. El Sr. Parker estaba seguro de otra familia nueva.

Cuando estuvieron todos finalmente sentados, después de algunos movimientos para mirar el mar y el hotel, el lugar de Charlotte fue junto a Arthur, que estaba sentado cerca del fuego con un grado de disfrute que daba mucho mérito a su civilidad al desear que ella tomara su silla. No hubo nada dudoso en la manera de ella de declinarla, y él se sentó de nuevo con mucha satisfacción. Ella retiró su silla para tener toda la ventaja de la persona de él como pantalla, y estuvo muy agradecida por cada pulgada de espalda y hombros más allá de su idea preconcebida. Arthur era pesado en ojos así como en figura, pero de ninguna manera indispuerto a hablar; y mientras los otros cuatro estaban principalmente ocupados juntos, evidentemente no sentía ninguna penitencia por tener una hermosa joven a su lado, requiriendo en cortesía común alguna atención, como su hermano, quien sentía la decidida falta de algún motivo para la acción, algún objeto poderoso de animación para él, observó con considerable placer. Tal era la influencia de la juventud y la lozanía que comenzó incluso a hacer una especie de disculpa por tener fuego.

—No deberíamos tener uno en casa —dijo él—, pero el aire del mar siempre es húmedo. No tengo miedo de nada tanto como de la humedad.

—Soy tan afortunada —dijo Charlotte— que nunca sé si el aire es húmedo o seco. Siempre tiene alguna propiedad que es saludable y vigorizante para mí.

—Me gusta el aire también, tan bien como a cualquiera —respondió Arthur—. Soy muy aficionado a estar de pie ante una ventana abierta cuando no hay viento, pero desafortunadamente al aire húmedo no le gusto yo. Me da reumatismo. Usted no es reumática, supongo.

—En absoluto.

—Eso es una gran bendición. Pero tal vez sea nerviosa.

—No, creo que no. No tengo idea de serlo.

—Yo soy muy nervioso. A decir verdad, los nervios son la peor parte de mis dolencias en mi opinión. Mis hermanas piensan que soy bilioso, pero lo dudo.

—Hace muy bien en dudarle tanto como le sea posible, estoy segura.

—Si fuera bilioso —continuó él—, sabe que el vino me sentaría mal, pero siempre me hace bien. Cuanto más vino bebo (con moderación), mejor estoy. Siempre estoy mejor por la noche. Si me hubiera visto hoy antes de la cena, me habría considerado una criatura muy pobre.

Charlotte podía creerlo. Sin embargo, mantuvo su semblante y dijo:

—Por lo que puedo entender de lo que son las quejas nerviosas, tengo una gran idea de la eficacia del aire y el ejercicio para ellas; ejercicio diario y regular, y le recomendaría bastante más de lo que sospecho que tiene la costumbre de tomar.

—¡Oh! Soy muy aficionado al ejercicio —respondió él—, y pienso caminar mucho mientras esté aquí, si el tiempo es templado. Saldré cada mañana antes del desayuno, y daré varias vueltas por la Terraza, y a menudo me verá en Trafalgar House.

—¿Pero no llama al paseo a Trafalgar House mucho ejercicio?

—No en cuanto a mera distancia, ipero la colina es tan empinada! Subir esa colina, en medio del día, ime provocaría tal transpiración! ¡Me vería todo en un baño para cuando llegara allí! Soy muy propenso a la transpiración, y no puede haber una señal más segura de nerviosismo.

Ahora estaban avanzando tan profundamente en la medicina, que Charlotte vio la entrada del criado con las cosas del té como una interrupción muy afortunada. Produjo un cambio grande e inmediato. Las atenciones del joven se perdieron instantáneamente. Tomó su propio cacao de la bandeja, que parecía provista de casi

tantas teteras, etc., como personas había en compañía, bebiendo la Srta. Parker un tipo de té de hierbas y la Srta. Diana otro, y volviéndose completamente hacia el fuego, se sentó a mirarlo y cocinarlo a su propia satisfacción y a tostar algunas rebanadas de pan, traídas ya preparadas en la rejilla para tostadas.

Hasta que estuvo todo hecho, ella no oyó nada de su voz más que el murmullo de unas pocas frases rotas de autoaprobación y éxito. Cuando sus fatigas terminaron, sin embargo, movió su silla de nuevo a una línea tan galante como siempre, y demostró que no había estado trabajando solo para sí mismo, por su ferviente invitación a ella a tomar tanto cacao como tostadas. A ella ya le habían servido té, lo que le sorprendió, tan totalmente absorto en sí mismo había estado.

—Pensé que habría llegado a tiempo —dijo él—, pero el cacao requiere mucha ebullición.

—Le estoy muy agradecida —respondió Charlotte—, pero prefiero el té.

—Entonces me serviré yo mismo —dijo él—. Un tazón grande de cacao bastante flojo cada noche me sienta mejor que cualquier cosa.

Le pareció a ella, sin embargo, mientras él vertía este cacao bastante flojo, que salía en un chorro muy fino y de color oscuro; y en el mismo momento, sus hermanas gritaron ambas: «¡Oh! Arthur, tomas tu cacao cada vez más fuerte cada noche», con la respuesta algo consciente de Arthur de: «Es un poco más fuerte de lo que debería ser esta noche», lo que la convenció de que Arthur no era de ninguna manera tan aficionado a pasar hambre como ellas podrían desear, o como él mismo consideraba apropiado.

Él estaba ciertamente muy feliz de cambiar la conversación a las tostadas secas, y no oír más a sus hermanas.

—Espero que coma un poco de esta tostada —dijo él—; me considero un muy buen tostador; nunca quemo mis tostadas, nunca las pongo demasiado cerca del fuego al principio, y sin embargo, ya

ve, no hay ni una esquina que no esté bien dorada. Espero que le gusten las tostadas secas.

—Con una cantidad razonable de mantequilla extendida sobre ella, mucho —dijo Charlotte—, pero no de otra manera.

—Tampoco yo —dijo él, sumamente complacido—. Pensamos exactamente igual en eso. Lejos de ser saludables las tostadas secas, creo que son una cosa muy mala para el estómago. Sin un poco de mantequilla para suavizarlas, dañan las paredes del estómago. Estoy seguro de que lo hacen. Tendré el placer de extender un poco para usted directamente, y después extenderé un poco para mí. Muy malas de verdad para las paredes del estómago, pero no hay forma de convencer a algunas personas. Irritan y actúan como un rallador de nuez moscada.

No pudo obtener el dominio de la mantequilla, sin embargo, sin una lucha; sus hermanas acusándolo de comer demasiado, y declarando que no era de fiar; y él manteniendo que solo comía lo suficiente para asegurar las paredes de su estómago; y además, solo la quería ahora para la Srta. Heywood. Tal excusa debía prevalecer, consiguió la mantequilla y la extendió para ella con una exactitud de juicio que al menos le deleitó a él mismo; pero cuando su tostada estuvo hecha, y tomó la suya en la mano, Charlotte apenas pudo contenerse al verlo vigilar a sus hermanas, mientras raspaba escrupulosamente casi tanta mantequilla como ponía, y luego aprovechaba un momento extraño para añadir una gran pegote justo antes de que entrara en su boca.

Ciertamente, los disfrutes del Sr. Arthur Parker en la invalidez eran muy diferentes de los de sus hermanas; de ninguna manera tan espiritualizados. Una buena cantidad de escoria terrenal colgaba sobre él. Charlotte no pudo sino sospechar que adoptaba esa línea de vida principalmente para la indulgencia de un temperamento indolente, y para estar decidido a no tener trastornos más que los que requerían habitaciones calientes y buena alimentación. En un particular, sin embargo, pronto descubrió que había captado algo de ellas.

—¡Qué! —dijo él—. ¿Se aventura con dos tazas de té verde fuerte en una noche? ¡Qué nervios debe tener! Cómo la envidio. Ahora, si yo tragara solo una taza así, ¿cuál cree que sería su efecto sobre mí?

—Mantenerlo despierto tal vez toda la noche —respondió Charlotte, con la intención de derrocar sus intentos de sorpresa con la grandeza de sus propias concepciones.

—¡Oh! ¡Si eso fuera todo! —exclamó él—. No, actúa en mí como veneno y me quitaría enteramente el uso de mi lado derecho, antes de haberlo tragado cinco minutos. Suena casi increíble, ¡pero me ha sucedido tan a menudo que no puedo dudarlo! ¡El uso de mi lado derecho se pierde enteramente durante varias horas!

—Suena bastante extraño, sin duda —respondió Charlotte fríamente—, pero me atrevo a decir que se probaría que es la cosa más simple del mundo, por aquellos que han estudiado los lados derechos y el té verde científicamente y entienden a fondo todas las posibilidades de su acción el uno sobre el otro.

Poco después del té, le trajeron una carta a la Srta. Diana Parker desde el hotel.

—De la Sra. Charles Dupuis —dijo ella—, alguna mano privada.

Y habiendo leído unas pocas líneas, exclamó en voz alta:

—¡Bueno, esto es muy extraordinario! ¡Muy extraordinario de verdad! Que ambas tengan el mismo nombre. ¡Dos señoras Griffiths! Esta es una carta de recomendación y presentación para mí, de la dama de Camberwell, y su nombre resulta ser Griffiths también.

Unas pocas líneas más, sin embargo, y el color subió a sus mejillas, y con mucha perturbación añadió:

—¡La cosa más extraña que jamás haya existido! ¡Una Srta. Lambe también! Una joven de las Indias Occidentales de gran fortuna. Pero no puede ser la misma. Imposible que sea la misma.

Leyó la carta en voz alta para consolarse. Era simplemente para «presentar a la portadora, la Sra. Griffiths de Camberwell, y a las

tres jóvenes bajo su cuidado, a la atención de la Srta. Diana Parker. Siendo la Sra. Griffiths una extraña en Sanditon, estaba ansiosa por una presentación respetable, y la Sra. Charles Dupuis, por lo tanto, a instancia de la amiga intermedia, le proporcionó esta carta, sabiendo que no podía hacerle a su querida Diana una bondad mayor que dándole los medios de ser útil. La principal solicitud de la Sra. Griffiths sería para el alojamiento y comodidad de una de las jóvenes bajo su cuidado, una Srta. Lambe, una joven de las Indias Occidentales de gran fortuna, de salud delicada».

«¡Era muy extraño! ¡Muy notable! ¡Muy extraordinario!», pero todos estuvieron de acuerdo en determinar que era imposible que no hubiera dos familias; un conjunto de personas tan totalmente distinto como el que estaba involucrado en los informes de cada una hacía que ese asunto fuera bastante seguro. Debía haber dos familias. Imposible que fuera de otra manera. «Imposible» e «Imposible», se repitió una y otra vez con gran fervor. Un parecido accidental de nombres y circunstancias, por muy llamativo que fuera al principio, no implicaba nada realmente increíble, y así quedó establecido.

La propia Srta. Diana derivó una ventaja inmediata para contrarrestar su perplejidad. Debía ponerse el chal sobre los hombros y salir corriendo de nuevo. Cansada como estaba, debía dirigirse instantáneamente al hotel para investigar la verdad y ofrecer sus servicios.

CAPÍTULO XI

No sirvió de nada. Ni todo lo que la raza Parker entera pudiera decir entre ellos pudo producir una catástrofe más feliz que el hecho de que la familia de Surrey y la familia de Camberwell fueran una y la misma. Los ricos de las Indias Occidentales y el seminario de señoritas habían entrado todos en Sanditon en esas dos sillas de posta de alquiler. La Sra. Griffiths que, en manos de su amiga la Sra. Darling, había vacilado en venir y había sido incapaz de realizar el viaje, era la mismísima Sra. Griffiths cuyos planes estaban en el mismo período (bajo otra representación) perfectamente decididos, y que no tenía temores ni dificultades.

Todo lo que tenía apariencia de incongruencia en los informes de las dos, podía atribuirse muy justamente a la cuenta de la vanidad, la ignorancia o los errores de los muchos comprometidos en la causa por la vigilancia y precaución de la Srta. Diana Parker. Sus amigos íntimos debían ser oficiosos como ella, y el tema había suministrado cartas y extractos y mensajes suficientes para hacer que todo pareciera lo que no era.

La Srta. Diana probablemente se sintió un poco incómoda al verse obligada primero a admitir su error. Un largo viaje desde Hampshire hecho para nada, un hermano decepcionado, una casa cara en sus manos por una semana, deben haber sido algunas de sus reflexiones inmediatas, y mucho peor que todo el resto, debe haber sido el tipo de sensación de ser menos clarividente e infalible de lo que se había creído. Sin embargo, ninguna parte de ello pareció molestarla mucho tiempo. Había tantos para compartir la vergüenza

y la culpa, que probablemente cuando hubo repartido sus porciones apropiadas a la Sra. Darling, la Srta. Capper, Fanny Noyce, la Sra. Charles Dupuis y la vecina de la Sra. Charles Dupuis, podría quedar una mera bagatela de reproche para ella misma.

En cualquier caso, se la vio toda la mañana siguiente caminando en busca de alojamientos con la Sra. Griffiths tan alerta como siempre. La Sra. Griffiths era un tipo de mujer muy bien educada y gentil, que se mantenía recibiendo a chicas mayores y señoritas que querían maestros para terminar su educación, o un hogar para comenzar sus exhibiciones. Tenía varias más bajo su cuidado que las tres que habían venido ahora a Sanditon, pero las otras resultaban estar todas ausentes.

De estas tres, y de hecho de todas, la Srta. Lambe era sin comparación la más importante y preciosa, ya que pagaba en proporción a su fortuna. Tenía unos diecisiete años, mulata, friolera y delicada, tenía una criada propia, iba a tener la mejor habitación en el alojamiento, y era siempre de primera importancia en cada plan de la Sra. Griffiths.

Las otras chicas, dos señoritas Beaufort, eran justo ese tipo de señoritas que se pueden encontrar en al menos una familia de cada tres en todo el reino; tenían una tez tolerable, figuras vistosas, un porte erguido y decidido y una mirada segura; eran muy hábiles y muy ignorantes, dividiéndose su tiempo entre actividades que pudieran atraer admiración, y esas labores y expedientes de ingenio diestro, mediante los cuales podían vestirse con un estilo muy superior al que deberían haberse permitido; eran de las primeras en cada cambio de moda, y el objeto de todas era cautivar a algún hombre de mucha mejor fortuna que la suya propia.

La Sra. Griffiths había preferido un lugar pequeño y retirado, como Sanditon, por cuenta de la Srta. Lambe, y las señoritas Beaufort, aunque naturalmente preferían cualquier cosa a la pequeñez y el retiro, habiendo estado involucradas en el curso de la primavera en el gasto inevitable de seis vestidos nuevos cada una para una visita de tres días, se vieron obligadas a conformarse con Sanditon

también, hasta que sus circunstancias se recuperaran. Allí, con el alquiler de un arpa para una, y la compra de papel de dibujo para la otra y todos los adornos que ya podían disponer, pretendían ser muy económicas, muy elegantes y muy aisladas; con la esperanza por parte de la Srta. Beaufort de elogios y celebridad de todos los que caminaran al alcance del sonido de su instrumento, y por parte de la Srta. Letitia, de curiosidad y arrebató en todos los que se acercaran mientras ella dibujaba, y para ambas, el consuelo de pretender ser las chicas con más estilo del lugar.

La presentación particular de la Sra. Griffiths a la Srta. Diana Parker les aseguró inmediatamente una relación con la familia de Trafalgar House, y con los Denham; y las señoritas Beaufort pronto estuvieron satisfechas con «el círculo en el que se movían en Sanditon», para usar una frase adecuada, pues todo el mundo debe ahora «moverse en un círculo», a la prevalencia del cual movimiento rotatorio tal vez deba atribuirse el mareo y los pasos en falso de muchos.

Lady Denham tenía otros motivos para visitar a la Sra. Griffiths además de la atención a los Parker. En la Srta. Lambe, aquí estaba la misma señorita, enfermiza y rica, por la que había estado preguntando; e hizo la relación por el bien de Sir Edward, y por el bien de sus burras lecheras. Cómo podría responder con respecto al baronet, quedaba por demostrar, pero en cuanto a los animales, pronto descubrió que todos sus cálculos de beneficio serían vanos. La Sra. Griffiths no permitiría que la Srta. Lambe tuviera el síntoma más pequeño de tisis, o cualquier dolencia que la leche de burra pudiera posiblemente aliviar. «La Srta. Lambe estaba bajo el cuidado constante de un médico experimentado; y sus recetas debían ser su regla», y excepto a favor de unas píldoras tónicas, en las que un primo suyo tenía una propiedad, la Sra. Griffiths nunca se desviaba de la estricta página medicinal.

La casa de la esquina de la Terraza fue en la que la Srta. Diana Parker tuvo el placer de instalar a sus nuevas amigas, y considerando que dominaba de frente el paseo favorito de todos los

visitantes de Sanditon, y a un lado, lo que pudiera estar ocurriendo en el hotel, no podría haber habido un lugar más favorable para los aislamientos de las señoritas Beaufort. Y en consecuencia, mucho antes de que se hubieran adaptado con un instrumento, o con papel de dibujo, habían atraído muchos ojos hacia arriba, y hecho que muchos mirones miraran de nuevo, por la frecuencia de su aparición en las ventanas bajas de arriba, para cerrar las persianas, o abrir las persianas, para arreglar una maceta en el balcón, o mirar a la nada a través de un telescopio.

Un poco de novedad tiene un gran efecto en un lugar tan pequeño; las señoritas Beaufort, que no habrían sido nada en Brighton, no podían moverse aquí sin llamar la atención; e incluso el Sr. Arthur Parker, aunque poco dispuesto al esfuerzo supernumerario, siempre dejaba la Terraza, en su camino a casa de su hermano por esta casa de la esquina, por el bien de un vistazo a las señoritas Beaufort, aunque era un octavo de milla de rodeo, y añadía dos pasos a la subida de la colina.

CAPÍTULO XII

Charlotte llevaba diez días en Sanditon sin ver Sanditon House, habiendo sido derrotado cada intento de visitar a Lady Denham al encontrarse con ella de antemano. Pero ahora debía emprenderse más resueltamente, a una hora más temprana, para que no se descuidara nada de la atención a Lady Denham o la diversión para Charlotte.

—Y si encontraras una apertura favorable, mi amor —dijo el Sr. Parker (que no tenía intención de ir con ellas)—, creo que sería mejor que mencionaras la situación de la pobre Mullin, y sondearas a su señoría en cuanto a una suscripción para ellos. No soy aficionado a las suscripciones caritativas en un lugar de este tipo. Es una especie de impuesto sobre todos los que vienen. Sin embargo, como su angustia es muy grande y casi prometí a la pobre mujer ayer conseguir que se hiciera algo por ella, creo que debemos poner en marcha una suscripción, y por lo tanto cuanto antes mejor, y el nombre de Lady Denham a la cabeza de la lista será un comienzo muy necesario. ¿No te disgustará hablarle de ello, Mary?

—Haré lo que desees —respondió su esposa—, pero lo harías mucho mejor tú mismo. No sabré qué decir.

—Mi querida Mary —gritó él—, es imposible que estés realmente perdida. Nada puede ser más simple. Solo tienes que exponer la actual situación afligida de la familia, su ferviente solicitud a mí, y mi disposición a promover una pequeña suscripción para su alivio, siempre que cuente con su aprobación.

—La cosa más fácil del mundo —exclamó la Srta. Diana Parker, que casualmente los visitaba en ese momento—. Todo dicho y hecho, en menos tiempo del que habéis estado hablando de ello ahora. Y mientras estás en el tema de las suscripciones, Mary, te agradeceré que menciones un caso muy melancólico a Lady Denham, que me ha sido representado en los términos más conmovedores. Hay una pobre mujer en Worcestershire, por la que algunos amigos míos están sumamente interesados, y me he comprometido a recaudar lo que pueda para ella. ¡Si mencionaras la circunstancia a Lady Denham! Lady Denham puede dar, si es atacada adecuadamente, y la considero el tipo de persona que, una vez que se la convence de abrir su bolsa, daría tan prontamente diez guineas como cinco. Y por lo tanto, si la encuentras en un humor dadivoso, podrías hablar también a favor de otra caridad que yo, y algunos más, tenemos muy en el corazón: el establecimiento de un repositorio caritativo en Burton on Trent. Y luego está la familia del pobre hombre que fue colgado en las últimas sesiones en York, aunque realmente hemos recaudado la suma que queríamos para colocarlos a todos, sin embargo, si puedes conseguir una guinea de ella en su nombre, también podría hacerse.

—¡Mi querida Diana! —exclamó la Sra. Parker—. No podría mencionar estas cosas a Lady Denham más de lo que podría volar.

—¿Dónde está la dificultad? Desearía poder ir contigo yo misma, pero en cinco minutos debo estar en casa de la Sra. Griffiths para animar a la Srta. Lambe a tomar su primer baño. Está tan asustada, pobre cosa, que prometí venir y mantenerle el ánimo, e ir en la caseta con ella si lo deseaba; y tan pronto como eso termine, debo apresurarme a casa, pues Susan va a tener sanguijuelas a la una en punto, lo cual será un asunto de tres horas, por lo tanto realmente no tengo un momento que perder; además de que (entre nosotros) debería estar en la cama yo misma en este momento presente, pues apenas soy capaz de estar de pie, y cuando las sanguijuelas hayan terminado, me atrevo a decir que ambas iremos a nuestras habitaciones por el resto del día.

—Lamento oírlo, de verdad; pero si este es el caso espero que Arthur venga con nosotros.

—Si Arthur sigue mi consejo, se irá a la cama también, porque si se queda levantado solo, ciertamente comerá y beberá más de lo que debe; pero ya ves, Mary, cuán imposible es para mí ir contigo a casa de Lady Denham.

—Pensándolo mejor, Mary —dijo su marido—, no te molestaré para hablar sobre los Mullin. Aprovecharé una oportunidad para ver a Lady Denham yo mismo. Sé lo poco que te conviene estar presionando asuntos sobre una mente en absoluto renuente.

Retirada así su solicitud, su hermana no pudo decir más en apoyo de las suyas, lo cual era su objetivo, ya que sentía toda su impropiedad y toda la certeza de su mal efecto sobre su propia reclamación mejor. La Sra. Parker estuvo encantada con esta liberación, y partió muy feliz con su amiga y su pequeña hija, en este paseo a Sanditon House.

Era una mañana cerrada y brumosa, y cuando llegaron a la cima de la colina, no pudieron durante algún tiempo distinguir qué tipo de carruaje era el que veían subir. Parecía en diferentes momentos ser todo, desde la calesa hasta el faetón, desde un caballo hasta cuatro; y justo cuando estaban concluyendo a favor de un tándem, los ojos jóvenes de la pequeña Mary distinguieron al cochero y gritó ansiosamente: «Es el tío Sidney, mamá, de verdad que lo es».

Y así resultó. El Sr. Sidney Parker conduciendo a su sirviente en un carruaje muy elegante estuvo pronto frente a ellas, y todos se detuvieron unos minutos. Los modales de los Parker eran siempre agradables entre ellos, y fue un encuentro muy amistoso entre Sidney y su cuñada, quien amablemente daba por sentado que él estaba en camino a Trafalgar House.

Esto lo declinó, sin embargo. «Acababa de llegar de Eastbourne, proponiéndose pasar dos o tres días, según sucediera, en Sanditon; pero el hotel debía ser su cuartel general. Esperaba que se le uniera allí un amigo o dos». El resto fueron preguntas y comentarios

comunes, con amable atención a la pequeña Mary, y una reverencia muy bien educada y dirección adecuada a la Srta. Heywood al serle nombrada, y se separaron, para encontrarse de nuevo dentro de unas pocas horas.

Sidney Parker tenía unos veintisiete o veintiocho años, muy buen aspecto, con un aire decidido de desenvoltura y moda, y un semblante vivo. Esta aventura proporcionó una discusión agradable durante algún tiempo. La Sra. Parker entró en toda la alegría de su marido en la ocasión, y se regocijó en el crédito que la llegada de Sidney daría al lugar.

El camino a Sanditon House era un acceso amplio, hermoso y plantado, entre campos, y conduciendo al final de un cuarto de milla a través de segundas puertas hacia los terrenos, que aunque no extensos tenían toda la belleza y respetabilidad que una abundancia de madera muy fina podía dar. Estas puertas de entrada estaban tan en una esquina de los terrenos o potrero, tan cerca de uno de sus límites, que una cerca exterior estaba al principio casi presionando sobre el camino, hasta que un ángulo aquí, y una curva allá las arrojaron a una mejor distancia. La cerca era una empalizada de parque adecuada en excelente condición; con grupos de olmos finos, o hileras de espinos viejos siguiendo su línea casi en todas partes.

«Casi» debe estipularse, pues había espacios vacíos, y a través de uno de estos Charlotte, tan pronto como entraron en el recinto, vislumbró sobre las palas algo blanco y femenino en el campo del otro lado; fue algo que inmediatamente trajo a la Srta. Brereton a su cabeza, y acercándose a las palas, vio de hecho, y muy decididamente, a pesar de la niebla, a la Srta. Brereton sentada, no muy lejos delante de ella, al pie del terraplén que descendía desde el exterior de la empalizada y que un sendero estrecho parecía bordear; la Srta. Brereton sentada, aparentemente muy compuesta, y Sir Edward Denham a su lado.

Estaban sentados tan cerca el uno del otro y parecían tan estrechamente comprometidos en una suave conversación, que Charlotte sintió instantáneamente que no tenía nada que hacer más

que retroceder de nuevo, y no decir una palabra. La privacidad era ciertamente su objetivo. No pudo sino impresionarla de manera bastante desfavorable con respecto a Clara; pero la suya era una situación que no debía juzgarse con severidad. Se alegró de percibir que nada había sido discernido por la Sra. Parker. Si Charlotte no hubiera sido considerablemente la más alta de las dos, las cintas blancas de la Srta. Brereton podrían no haber caído dentro del alcance de sus ojos más observadores.

Entre otros puntos de reflexión moralizante que la vista de este *tête-à-tête* produjo, Charlotte no pudo sino pensar en la extrema dificultad que los amantes secretos deben tener para encontrar un lugar adecuado para sus entrevistas robadas. ¡Aquí tal vez se habían creído tan perfectamente seguros de la observación! Todo el campo abierto ante ellos, un banco empinado y palas nunca cruzadas por el pie del hombre a su espalda, y una gran densidad de aire, como ayuda. Sin embargo, aquí, ella los había visto. Estaban realmente maltratados.

La casa era grande y hermosa; aparecieron dos sirvientes para admitirlas, y todo tenía un aire adecuado de propiedad y orden. Lady Denham se valoraba por su establecimiento liberal, y tenía gran disfrute en el orden y la importancia de su estilo de vida. Fueron conducidas a la sala de estar habitual, bien proporcionada y bien amueblada; aunque era mobiliario más bien originalmente bueno y extremadamente bien mantenido, que nuevo o vistoso; y como Lady Denham no estaba allí, Charlotte tuvo tiempo de mirar alrededor, y de que la Sra. Parker le dijera que el retrato de cuerpo entero de un caballero majestuoso, que, colocado sobre la repisa de la chimenea, captaba el ojo inmediatamente, era la imagen de Sir Harry Denham, y que una entre muchas miniaturas en otra parte de la habitación, poco visible, representaba al Sr. Hollis. ¡Pobre Sr. Hollis! Era imposible no sentir que lo trataban duramente; verse obligado a retroceder en su propia casa y ver el mejor lugar junto al fuego constantemente ocupado por Sir Harry Denham.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB